



UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Escuela de Literatura

Proyecto de creación

Título:

Desde la Montaña:
Crónicas sobre la comuna “Las Balsas”
provincia de Santa Elena

Previo la obtención del Título de:

Licenciada en Literatura

Autora:

Génesis Pilay Vera

Tutora:

Dra. Siomara España Muñoz

Guayaquil-Ecuador

2021-2022

Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación

Yo, Génesis Tatiana Pilay Vera, declaro que el desarrollo de la presente obra es de mi exclusiva autoría y que ha sido elaborada para la obtención de la Licenciatura en Literatura. Declaro además conocer que el Reglamento de Titulación de Grado de la Universidad de las Artes en su artículo 34 menciona como falta muy grave el plagio total o parcial de obras intelectuales y que su sanción se realizará acorde al Código de Ética de la Universidad de las Artes. De acuerdo al art. 114 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad E Innovación* cedo a la Universidad de las Artes los derechos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, para que la universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando su uso sea con fines académicos.

Firma del estudiante

*CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN (Registro Oficial n. 899 - Dic./2016) Artículo 114.- De los titulares de derechos de obras creadas en las instituciones de educación superior y centros educativos.- En el caso de las obras creadas en centros educativos, universidades, escuelas politécnicas, institutos superiores técnicos, tecnológicos, pedagógicos, de artes y los conservatorios superiores, e institutos públicos de investigación como resultado de su actividad académica o de investigación tales como trabajos de titulación, proyectos de investigación o innovación, artículos académicos, u otros análogos, sin perjuicio de que pueda existir relación de dependencia, la titularidad de los derechos patrimoniales corresponderá a los autores. Sin embargo, el establecimiento tendrá una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra con fines académicos.

Miembros del Comité de defensa

Nombre del Tutor

Tutora del Proyecto: Dra. Siomara España Muñoz

Nombre de miembro del Comité

Msc. María Paulina Briones

Miembro del Comité de defensa

Msc. Solange Rodríguez

Agradecimientos:

Agradezco a mis padres, a mis amigos/as: Karen, Diana, Gloria, María y Gabriel, por su amistad y apoyo incondicional cuando vivía en la ciudad de Guayaquil.

A la Universidad de las Artes, en especial, a mi tutora de tesis, Siomara España, a mis profesoras y profesores de la Escuela de Literatura por ser parte de mi formación académica durante estos cinco años.

Dedicatoria:

Dedicado a los pobladores de la Comuna Las Balsas: familia y amigos, que aportaron con sus conocimientos, experiencias y memoria para que este proyecto sea una realidad.

Resumen

Una comuna es una organización social de una extensión territorial de propiedad ancestral donde un grupo de personas comparten ideologías, creencias y costumbres. Este proyecto es una colección de crónicas que permitirá tener un conocimiento más amplio sobre la comuna nombrada como: “Las Balsas”, presentando la cotidianidad y memoria de los pobladores a partir de un archivo de campo que permite acceder a datos históricos del lugar. Desde la mirada narrativa de este género híbrido, se evidencia la resistencia al olvido, a la conservación de su cultura y de acontecimientos importantes para la comunidad, así como dar un vistazo a las problemáticas de estos pueblos fantasmas que han quedado deshabitados. Este proyecto es el resultado de conversaciones y anécdotas de vivencias de la cronista, que reconoce el espacio desde su experiencia cercana, a la vez que recoge y recrea desde la creación literaria, específicamente desde la crónica, todo este acervo desde la memoria y las evocaciones. Este trabajo creativo, plantea un diálogo entre la cotidianidad y la reminiscencia de las y los pobladores de la comuna con la finalidad de que las presentes y futuras generaciones, conozcan sobre ella, su imaginario social y cultural.

Palabras claves: Crónica, escritura creativa, creación literaria, comuna, memoria.

Abstract

A commune is a social organization of a territorial extension of ancestral property where a group of people share ideologies, beliefs and customs. This project is a collection of chronicles that will allow a broader knowledge about the commune named as: "Las Balsas", presenting the daily life and memory of the inhabitants from a field file that allows access to historical data of the place. From the narrative perspective of this hybrid genre, the resistance to oblivion, the preservation of their culture and important events for the community is evidenced, as well as taking a look at the problems of these ghost towns that have been left uninhabited. This project is the result of conversations and anecdotes of experiences of the chronicler, who recognizes the space from her close experience, while collecting and recreating from literary creation, specifically from the chronicle, all this collection from memory and evocations. . This creative work proposes a dialogue between everyday life and the reminiscence of the inhabitants of the commune with the aim that present and future generations know about it, its social and cultural imaginary.

Keywords: Chronicle, creative writing, literary creation, commune, memory

ÍNDICE

Universidad de las artes	1
Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación	2
Resumen	6
Abstract	7
Prólogo	10
Pueblos Fantasma	
La Gran Migración	20
San Antonio	24
San Vicente Antigua	27
El pueblo del Diablo, el brujo y el Palo Santo	30
Los Rosales	34
El camino de la memoria	
El río ciego	38
El tío Edgar	40
Mientras recuerdo	44
La casa de la cinta roja.....	48
El punto.....	52
Vivir en La Montaña	
Mis santos difuntos	54
Carnadas.....	57
El limonar	59
La dormida y el algodón	61
Aniversario	64
Las Balsas	67
Anexos.....	70
Bibliografía.....	79

ÍNDICE DE IMÁGENES

Pueblos fantasmas

Imagen n°1: La última casa de Carrizal	70
Imagen n° 2: Carrizal en la actualidad.....	70
Imagen n° 3: Escombros de Antonio Antigua	71
Imagen n°4: San Antonio nuevo, casa de mi tío Pedro y mi tía Elsa.....	71
Imagen n° 5: Represa “San Vicente”.....	72
Imagen n°6: Las Garzas: territorio de Alcivar y Luisa Rosales.....	72

El camino de la memoria

Imagen n°7: El camino de la memoria.....	73
Imagen n°8:El Corozo.....	73
Imagen n° 9:Mi tío Pedro y su caballo Estrella.....	74
Imagen n° 10:El río.....	74
Imagen n°11:Limonar de Bolo(Patricio Reyes.....	75
Imagen n° 12: Cosecha.....	75

Vivir en La Montaña

Imagen n°13:El recinto Las Balsas.....	76
Imagen n°14:Los Ceibitos.....	76
Imagen n° 15:Las canoas de pesca.....	77
Imagen n°16:La casa de Bolo.....	77

Prólogo

Esta colección de crónicas sobre los pueblos pertenecientes a la comuna: *Las Balsas*, plantea un diálogo entre la cotidianidad y la memoria. “Desde La Montaña: Crónicas sobre la comuna “Las Balsas” provincia de Santa Elena, es un recorrido no sólo por los espacios de una comuna ancestral, sino también, por los quehaceres de la vida cotidiana de las y los habitantes que mientras realizan sus labores, recuerdan las anécdotas que vivieron con algún familiar del pasado y lo traen al presente con las faenas que siguen siendo parte de su cotidianidad.

La Montaña, como es nombrada esta zona geográfica, por sus habitantes, debido a la cantidad de elevaciones que posee, es un espacio recorrido por la autora de estas crónicas como un camino a la memoria de su infancia, debido a que habitó por mucho tiempo en este lugar y conserva numerosos recuerdos que la llevan a contar y recrear su realidad, por medio de la narrativa, pero también con aquellas cosas que escuchó en su niñez que marcaron una poderosa parte de su imaginario. Su relación de parentesco con varias familias que vivieron alegrías y vicisitudes, como: lluvias, inundaciones, catástrofes, despojos de sus hogares y sequía, han posibilitado este trabajo cronístico desde una mirada íntima. Las narraciones también son un recuento de personajes de la infancia y adolescencia que contribuyeron para formar la cosmovisión fraternal que caracteriza la vida dentro de la comuna.

“Desde la Montaña” implica el lugar de enunciación donde se empieza a contar el relato rural, para presentar el contexto desde adentro y no desde una mirada lejana, más bien, la cercanía de las narraciones hace pensar en el campo como un lugar que está ahí, pero que siempre es invisibilizado por encontrarse distante de las grandes urbes. La comuna es uno de esos lugares que son marginados por los libros históricos o de diferente índole al encontrarse en un lugar que no es nombrado, porque el desconocimiento de la misma lo excluye.

La cotidianidad en la comuna es relatada en este texto como parte de una narrativa de lo rural, es decir, de lo marginado y excluido, ya que el trabajo del campo, la pesca y la agricultura suele ser encasillado como algo sistematizado que se realiza con fines económicos. No obstante, este texto desdobra esa noción para convertirlo en una crónica de los afectos y las sensibilidades del cuerpo, las emociones y las desdichas que se ven trazadas por las actividades que realizan los personajes.

Estas crónicas, están narradas desde la primera persona del singular para dar cuenta de la historia de la comuna como si la encarnara en su propia piel, debido a las conexiones de la autora con el entorno al relatar la historia de amigos, tíos, primos y la de su progenitor, como suya, al entrelazar las vivencias de su infancia, adolescencia y parte de su vida adulta. En la primera persona el narrador se hace responsable de lo que dice y hace, pero también se hace cargo de presentar las voces de los demás personajes desde una familiaridad por medio de citas que posibilitan el recuento del lugar de enunciación del que se pretende narrar.

La colección de dieciséis crónicas está dividida en tres secciones. La primera sección: “Pueblos fantasmas” narra momentos insólitos de los pueblos deshabitados y cómo el imaginario colectivo accede a configurar de forma conjunta una metamorfosis del espacio que no se concibe deshabitado, sino que se lo entiende como un lugar vivo, presente, que da cabida a la narración de anécdotas, ya que los personajes hablan de los pueblos deshabitados, y aceptan dar información sobre sucesos insólitos o sobrenaturales (que han escuchado o visto según narran) como parte de su realidad. Carrizal, o El Corozo por ejemplo, son pueblos reconocidos por que en ellos pervive el Diablo, cada noche se escucha su risa o el: “*silbido del Diablo*”, lo que construye una línea imaginaria que evoca como real el pasado trayéndolo hacia el presente.

La segunda sección “El camino de la memoria” traza una línea hacia el recuento de anécdotas de la infancia y adolescencia de la autora dentro del territorio comunal, así como las vivencias de familiares o amigos y las conexiones afectivas que tienen estos con su ecosistema. Además, en estas crónicas se describe espacios que se vinculan con las remembranzas de seres del pasado.

La tercera sección “Vivir en la montaña”, es nombrada así debido a que cuenta a la vez que visibiliza las actividades cotidianas de los y las habitantes en su orden territorial y cómo estos se dividen por pueblos, mostrando sus hábitos, creencias, formas de vivir,

amar, sentir, trabajar, etc. para entender que no todos se dedican a una sola actividad. Se presentan los vínculos habituales de los pobladores con festividades como las de fieles difuntos, así como las costumbres y celebraciones que son parte de la comuna.

Conocer a los personajes de estas crónicas, es justipreciar la experticia, hábitos y saberes de la comuna, encarnada en la piel del sembrador, la ganadera o el pescador que no solo se dedica a realizar su trabajo como tal, sino que, por medio de esas tareas se conecta sensorialmente con su pasado y el de sus ancestros. Las experiencias del sembrío, por ejemplo, pueden dar paso a otras prácticas para tener presente los consejos de los abuelos o padres, pero también evocar los tiempos en que mientras se pelaba el choclo se volvía al recuento de los años pasados, a los abuelos y sus costumbres, a las leyendas de brujos, de las migraciones, de la pesca de cangrejos azules que posibilitaban las risas, los llantos y uno que otro trinar de los pájaros mientras se tomaba café pasado y tortillas de maíz.

La visión cronística no solo da a conocer desde una manera distante las prácticas de lo cotidiano o la memoria de los personajes, sino también, sentirlos cercanos y descubrir narrativas que invitan a pensar que “*La Montaña*” no es solo un lugar de costumbres y supersticiones, ya que paralelamente es un hogar de encuentros, donde los que tienen la palabra hablan desde su lugar de enunciación lo que nos permite conocer los hechos desde las voces que aún resuenan, porque se transmitieron como un entramado de afectos y experiencias que sirven para el porvenir. La mirada etnográfica en este trabajo, preserva la verbalización de la memoria y la convierte en imágenes que atraen al pasado y hacen pensar en la posibilidad de que el presente no se desarraiga de él.

Personajes como la “tía Elsa”, “el tío Pedro”, entre otros, expresan esa familiaridad que intenta hilar este conjunto de crónicas, así como los relatos de los abuelos y primos de la autora que se han elaborado desde esta familiaridad. Ha pretendido emparentar el vínculo filial de las narraciones con todo un sistema de sensibilidades presentes en la comuna.

Crónicas como “Los Rosales” nos revelan que narrar la historia de las familias es articular la vida de la comuna como un espacio de singularidades y convivencias de linajes que dan continuidad a estirpes. “Los Rosales” fundaron “Las Garzas” un sitio referencial por el paisaje y aves que ahí llegaban en cada estación. Ellos al llegar en tiempos aciagos, por primera vez dieron nombre al lugar, sembraron y crearon un linaje.

Comuna Las Balsas

Una comuna es una organización que ocupa un espacio legítimo y ancestral dentro del territorio nacional según La Ley Orgánica de Tierras Rurales y Territorios Ancestrales vigente en su art 3: “posesión y propiedad ancestral” que reconoce un territorio en posesión y propiedad ancestral al espacio físico sobre el cual una comunidad, comuna, pueblo o nacionalidad de origen ancestral: “*ha generado históricamente una identidad a partir de una construcción social, cultural y espiritual*”¹. Además, el Art 4 de la mencionada ley: considera “*Tierra rural*” a un territorio que se encuentra fuera del área urbana con fines de actividades productivas y recreativas.

“Las Balsas” es una comuna pequeña ubicada en la zona noreste de la provincia de Santa Elena, con una extensión de 33.150,5 hectáreas². Los pueblos pertenecientes a esta comuna son: El corozo, Las balsas, Los Ceibitos; mientras que Carrizal y San Antonio (aunque siguen perteneciendo a la comuna) están deshabitados y son calificados como “pueblos muertos o fantasmas”, pero continúan presentes en la memoria colectiva de aquellos que vivieron allí, razón por la que son nombrados aún por los pobladores como parte de la comuna.

Las actividades que datan desde sus inicios, según sus pobladores, es la venta de madera en los 90’s, cuando era “*Tierra rural*”, realizaban esta labor para obtener ganancias mínimas, que luego de un tiempo fueron incrementando. La madera se vendía en las cabeceras cantonales como Manantial de Guangala, o a pequeñas mueblerías. La segunda actividad que se promovió en la comunidad fue la caza de venados, zainos y aves que eran la principal fuente de alimento de las y los comuneros, adicionalmente se constituyó como una oportunidad de negocio, ya que esta carne era apetecida por los pobladores de los cantones aledaños. Hoy esta práctica ya está vedada y los pobladores tienen otra concepción del cuidado y protección de los bosques y vida silvestre.

Más adelante entrada la década del noventa las actividades de supervivencia se centraron en la ganadería, avicultura, agricultura y pesca, que fueron parte fundamental de la economía balseña. Las personas vieron la oportunidad de criar ganado vacuno y

¹ Ley Orgánica de Tierras Rurales y Territorios Ancestrales. Gobierno nacional del Ecuador, 2018. Recuperado de: <https://www.ambiente.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2018/09/Ley-Organica-de-Tierras-Rurales-y-Territorios-Ancestrales.pdf>

² Marta Suarez *Análisis del turismo en Las Balsas* (Santa Elena: Universidad Península de Santa Elena:2015)

avícola como una labor que no sólo fomentaría el comercio interno, sino que los y las comuneras tenían la ocasión de vender sus productos a las cabeceras cantonales, como Colonche, que daba gran acogida a las carnes traídas desde la comuna. La agricultura y la pesca se dio gracias al plan Socio Bosque que implementó un sistema de conservación en la que se daba un incentivo a los habitantes, con la finalidad de preservar la flora y fauna del lugar.

La crónica y la memoria

Este trabajo creativo está inscrito en la crónica (considerado un género que subyace entre la literatura y el periodismo). Esta colección recoge una serie de acontecimientos combinados con la relación de la autora con la comuna “Las Balsas”. Los textos son un recorrido de recuerdos, memorias y afectos narrados, en primera persona, y permite considerar que las crónicas intercalan la realidad y la ficción mediante los sucesos que se dan a lo largo de la narración.

La crónica dentro de este proyecto permite narrar desde la creación tanto la historia, las vivencias y los testimonios, así como las diversas formas de vida, afecciones y actividades que con el paso del tiempo se siguen preservando en la comuna antes mencionada. La crónica traza una línea que puede llevarnos desde una situación pasada a la presente y cómo ésta se replica en la memoria y en el quehacer de los personajes/personas que han sido nombrados desde un seudónimo.

El primer proceso constituye una relación con el pasado, las personas, el tiempo y el tema a tratar. En un primer momento se pensaba narrar los acontecimientos de las personas presentes y su rutina, pero luego, al encontrarse con la memoria de las y los pobladores que recuerdan a habitantes del pasado, trayéndolos por medio de sus conversaciones a este tiempo, fue imprescindible rememorar el contexto y las anécdotas de aquellos que se fueron. Adicionalmente, fue necesario incorporar a esta narración a los pueblos fantasmas, de los que también se relata, ya que están presentes en sus reminiscencias y son traídos constantemente a la cotidianidad.

Este proyecto se nutre del género cronístico debido a las conexiones que este mantiene con la sociedad, la historia y el tiempo, porque revela la configuración de un espacio simbólico que, desde la literatura, puede visibilizar el espacio, así como las voces de personajes que vivieron y viven en territorios rurales. El escritor Juan Villoro considera que la crónica es un ejercicio de aproximaciones donde el cronista trabaja con préstamos

que le son necesarios para poder narrar. Además, considera que la voz que ejerce este es delegada, es decir, que alguien más la ha donado de forma voluntaria, teniendo en cuenta que narra desde algo exterior a él y reconociendo estas condiciones, empieza a escribir desde este género:

La crónica es la restitución de esa palabra perdida. Debe hablar precisamente porque no puede hablar del todo. ¿En qué medida comprende lo que comprueba? La voz del cronista es una voz delegada: alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma sustituta lo que se requiere. Si reconoce esta limitación, su trabajo no solo es posible, sino necesario³.

La labor cronística es reconstruir el pasado desde el presente, y cuando no se logra ser testigo, se requiere que otros informantes oculares añadan piezas al relato para reconstruir un contexto. No obstante, el o la cronista se convierte en un mediador/a entre la historia y el tiempo por medio del relato, ya que en sus crónicas cuenta el pasado como presente, a partir de un registro o archivo, que da un orden a la memoria de lo vivido.

La RAE define a la memoria como «Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado». Por medio de la crónica, la memoria nos recuerda o nos avisa sobre el pasado de la comuna, las costumbres y tradiciones que han persistido con el paso de la historia. Juan Villanueva considera que el o la cronista le da un orden y sentido a la memoria:

Trata de buscar testigos y de hurgar en sus recuerdos. Charla con ellos. El o la cronista trabaja con los recuerdos de otras personas que le cuentan los hechos; o con sus propios recuerdos, si tuvo la suerte de ser testigo de ellos. En los dos casos, una gran parte de su trabajo consiste en dar un orden y un sentido a la memoria⁴.

La memoria admite el olvido y sobre todo si los hechos históricos se pueden diluir con el tiempo, pero por medio de la exposición de crónicas se puede recordar un hecho

³ Juan Villoro. “La crónica, ornitorrinco de la prosa”. En La Nación, Suplemento Cultura (2006)

⁴ Juan Villoro. “La crónica, ornitorrinco de la prosa”. En La Nación, Suplemento Cultura (2006).

que estaba por ser olvidado. La crónica y la memoria se convierten en una simbiosis narrativa en este texto, porque los hechos que sucedieron vuelven a pasar mediante su relato, tal vez de una manera distinta, como un eterno retorno del cual el ser humano no puede escapar, en ese sentido, literatura y vida se juntan para expresar el acervo comunal.

Martín Caparrós entiende que la labor de el o la cronista es «hacerse cargo de lo que dice y de cómo lo dice»⁵, esto nos permite reconocer la forma en que se presenta la narrativa, ya que se tiene una manera de ver la historia y decide qué y cómo se va a narrar. Por esta razón, esta colección de crónicas se escribe desde la mirada de una persona que pertenece a la comuna y que desde la niñez, ha tenido un vínculo cercano con las personas que pertenecen a ella, y decide narrar desde el presente distintos acontecimientos ya sea desde sus reminiscencias o desde la memoria de otros.

La investigación previa

Para la consecución de este proyecto se ha realizado una investigación de campo previa, con la finalidad de recolectar información, para posteriormente escribir una colección de crónicas que presenten las actividades en la vida cotidiana de las y los campesinos y la memoria de costumbres en los pueblos fantasmas de la comuna. Además, se ha elaborado un archivo que contiene bitácoras de campo, fotografías, entrevistas y testimonios como herramientas para escribir dichas crónicas, asumiendo la responsabilidad de marcar líneas históricas y anecdóticas que se narren de forma coherente con el contexto y las particularidades de sus habitantes. No obstante, se escribió una serie de anécdotas que sirvieron de inspiración en la narración cronística.

La investigación permitió revelar información desconocida que presenta los testimonios de los habitantes más longevos. La información recabada se permitió emparentar fotografías, testimonios y experiencias de campo, y aquello que era contado repetidas veces y de distinta manera por los entrevistados fue transformado en narrativa literaria que se iba articulando junto con la verbalización de la cotidianidad de la comuna, formando una cosmovisión de la realidad comunal.

La observación del espacio, los cuerpos y las actividades se pudieron registrar mediante una serie de fotografías, las cuales expusieron la narrativa de una comuna

⁵ Martín Caparrós, «El realismo intransigente del periodismo literario de Martín Caparrós. Compromiso político, sentido histórico y voluntad de estilo» *Revista literaria Colofón* 5 n°9, 2019.

ancestral. La verbalización de las actividades, memoria y momentos de la historia se insertan por medio de entrevistas y testimonios que la labor cronística distingue como una narrativa del tiempo, esta a su vez permite recoger una información significativa, la cual es utilizada con la finalidad de inspirar a crónicas que revelen las labores y procesos que se realizan en el sitio comunal.

La investigación de lo cotidiano y la memoria encontró un punto o eje esencial para empezar a narrar: los habitantes mantienen viva la imagen de sus parientes y de los pueblos fantasmas por medio del relato de las fiestas, de la siembra o de algún momento que los marcó y que sigue siendo recurrente.

Además, la memoria colectiva condensada en las entrevistas, nos hace pensar en los esfuerzos que hace la población por darle un sentido al pasado, a lo que se ve deshabitado, porque los pueblos fantasmas siguen viviendo gracias a hechos y eventos que se relacionan con ellos y se siguen repitiendo con el paso del tiempo. Se narra desde la comuna cuando se conoce la comuna. La escritora de la colección se ubica en una doble posición: observadora-pobladora, ya que su infancia estuvo trazada por las formas de vivir del campo y la cosmovisión comunal, en ese sentido se convierte en un relato de lo íntimo, se cuenta desde el hogar. A partir de la mirada de una cronista y comunera se logra un punto de equilibrio, entre la página que se escribe y la realidad de lo que se cuenta.

Referentes considerados

Esta producción artística considera al texto: “La crónica, ornitorrinco de la prosa”, como un referente para comprender el estado de la crónica. En dicha nota periodística, Juan Villoro plantea una analogía entre la crónica y el ornitorrinco, de modo que éste último es parecido a muchos animales posibles a la vez, pero resulta ser uno distinto y diferente a los que podría ser. Por su parte, la crónica se asemeja a muchos géneros, pero es uno propio, que se alimenta de otros, diferenciándose así del resto de narraciones. Para Villoro «la crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser»³. Además, considera que ésta narra “hechos reales de manera verosímil, recuperando el pasado, detallándolo de manera intensa”⁶.

El texto de Patricia Poblete: “Hibridez y tradición en la crónica latinoamericana contemporánea”, nos da a conocer la eficiencia de la crónica como un ente que narra a

⁶Juan, Villoro. «La crónica, ornitorrinco de la prosa». En La Nación, Suplemento Cultura (22 de enero de 2006).

partir de cuestionamientos sobre la identidad en «una época de cambios veloces e incertezas profundas»⁷. No obstante, considera que la crónica es un género híbrido y esto la distingue de los géneros literarios que se producen mayoritariamente en Latinoamérica, ya que mezcla y entrecruza estrategias narrativas divergentes para entablar un diálogo con la sociedad que se concibe desde el presente, sin dejar de lado la historia. Considera que la hibridez le permite a la crónica ser autoconsciente de los tiempos anacrónicos y sincrónicos, de modo que posibilita por sí misma una narración del recorrido histórico en función de los problemas sociales en el presente.

Entre los antecedentes teóricos tenemos “El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo”⁸ de Rosana Guber que reconoce la investigación de campo y la memoria de la persona que cuenta. Así mismo, reflexionar acerca de la correspondiente información y las viejas costumbres de los nuevos contextos que logra entablar un diálogo del pasado con el presente.

“Crónica de crónicas: teoría y práctica del género en los textos de María Moreno” de Teresa Orecchia Havas, reconoce el registro de la voz o voces que se insertan en la narración mediante comillas francesas con la finalidad de dar continuidad al discurso popular y ser consecuente en el tratamiento del registro de las voces enfatizando en la «presencia textual de la voz de los pobladores»⁹. También, nos presenta la concepción del ejercicio literario desde lo “que no se sabe” y se va descubriendo mediante el tratamiento de las voces.

Uno de los primeros y más relevantes referentes para este trabajo fue la colección de crónicas de Alberto Salcedo “La eterna parranda”¹⁰(Colombia, 2011) que accede al campo de la narración de los pueblos, dándonos un panorama narrativo de las vivencias de ex militares, cantantes, futbolista y su paso por barrios remotos de Colombia. Además, las conexiones que se hacen del pasado de los personajes con el espacio, ayudaron a entablar vínculos en este texto cronístico

Un segundo referente artístico es “El antifaz de los Bristol”¹¹ de Luis Salvador Jaramillo (Ecuador, 2012) que nos da a conocer los recorridos de las familias

⁷ Patricia Poblete Alday «Hibridez y tradición en la crónica latinoamericana contemporánea» *Revista Iberoamericana*, Núm.254, 2016(185-198)

⁸ Rosana Guber “El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo” Paidós (Buenos Aires, 2004)

⁹ Teresa Orecchia Havas «Crónica de crónicas: teoría y práctica del género en los textos de María Moreno» *América cahiers du Criccal* n°46, 2016

¹⁰ Alberto Salcedo “La eterna parranda.Crónicas 1997-2011” Aguilar (Bogotá, 2011)

¹¹ Luis Salvador Jaramillo “El antifaz de los Bristol” Libresa (Quito, 2012)

desconocidas y las características que las rodean, tener presente las conexiones de las familias con el espacio que se transita y la atmósfera de misterio que lograba conformar una simbiosis del lugar y el errabundeo del recorrido. Además, de las narraciones de lo extraño y desconcertante.

Entre otros antecedentes artístico-literarios tenemos la crónica “*El bufón de los velorios*” de Alberto Salcedo, que nos ayuda a comprender los acontecimientos de un velatorio popular desde la mirada de un anciano y *El fotógrafo de las tinieblas* de Santiago Rosero (Ecuador, 2018) la sensibilidad del viajero sobre el espacio que recorre.

Conclusiones

Este proyecto presenta una metonimia de la vida del campesino/a que labra el campo, pesca o se dedica a la ganadería y además tiene en su memoria una serie de asociaciones de la labor con sus ancestros y las prácticas cotidianas, que empiezan desde algo simple como sembrar sandías en una parcela pequeña, porque lo hacía su padre y su abuelo. Así mismo, nos desarraiga de la vida de la ciudad para sumergirnos en los problemas del campo y lo visibiliza en su forma más rústica y reflexiva.

El texto establece la memoria como ente formador de conocimientos, y permite una construcción de la comunidad en un amplio conjunto de creencias, ideologías y espacios heredados, entranando el conocimiento de las costumbres mediante la narrativa cronística. Adicionalmente, permite conocer la devoción que los habitantes actuales sienten por sus ancestros y los imaginarios colectivos que se forman a través de la imagen de alguien que impartió su sabiduría.

La narración de este texto se presenta como manifestación del espacio que se recorre, se valoran los afectos y preocupaciones de personas que han sido invisibilizadas, por encima de la mirada turística. La parte humana de la comuna “Las Balsas” también es parte de las problemáticas que presenta esta provincia.

Pueblos fantasmas

La Gran Migración

Siempre me pregunté las razones por las que los pueblos fantasmas quedaron deshabitados simultáneamente. «En 1992, la mayoría de pobladores se fueron, y los que quedaron, al siguiente año, también se marcharon», me contó mi papá esta mañana antes de que termináramos de desayunar. Yo creía que ante la escasez, las personas buscaron otras oportunidades de vida y la migración incrementó, pero mi papá me explicó que esas no fueron las circunstancias por las que se dio el éxodo.

En ese tiempo, los días eran grises. Las lluvias no cesaban y se tomaban los caminos; las personas tenían que sacar agua de sus casas e intentar salir de ellas hacia los lugares altos donde vivía algún familiar o algún amigo bondadoso que le diera hospedaje. «El fenómeno del Niño nunca había sido tan fuerte. A ese Niño le estaban pegando, porque lloró todo el año», comenta mi papá. Yo recojo las migajas de choclo que caen en la mesa y antes de llevarlas a mi boca pongo azúcar en mis manos; cuando el azúcar y los granos atraviesan mi garganta, siento un nudo que no me deja tragar. Pienso en lo difícil que debió ser para mis tíos ese año, descubro una sensación de algo parecido a perder un hogar y siento como la nostalgia invade todo mi espacio.

Mi tía Elsa dice que después de la lluvia «las calles se ven más limpias y los corazones más tranquilos y con más paz». A un pequeño perro nombrado Caramelo, lo arrastró la corriente, uno de esos días en los que las lluvias no paraban. «¿No lloraste?», le pregunté. «Es que en esos días no había tiempo para llorar». Mi tía vio cómo sus patos, chivos y chanchos bajaban por la correntada del río, al igual que su perro, pero solo vio el horizonte por unos minutos. Después, tomó un tacho y comenzó a sacar el agua de la casa. Mi papá, cuenta con tristeza que todas sus escopetas de caza se perdieron en el aguacero.

Hoy que llueve mi padre ha recordado una vez más que su padre, mi abuelo, (un hombre de San Antonio, lugar que ahora está deshabitado, pero que en su momento fue muy productivo) perdió todo el sembrío en aquella época. «Solo quedó una mata de piñuela¹² del cercado», cuenta. Pienso en la dificultad de esos días, mi abuela tal vez tuvo

¹² Una mata parecida a la sábila, pero que tiene unos frutos amarillos que no se comen. Esta planta, dentro de la comuna, es utilizada como cerca para delimitar las hectáreas de sembrío entre una tierra y otra.

que guardarse todas sus lágrimas o dejarlas salir entre la lluvia para que no se notara su tristeza por haberlo perdido todo.

Mi tía Elsa recuerda que, en los días de lluvia del 92, los vecinos empezaron a empacar la poca ropa que les quedaba en uno sacos de yute, para marcharse del lugar «La primera familia en irse, no recuerdo quiénes fueron, pero sí tengo presente que llovía todo el día y toda la noche, los ríos habían crecido tanto que no se alcanzaban, ni los hombres más valientes y nadadores se atrevían a atravesarlos debido a las correntadas y palizadas que arrastraban. Casi todas las casas se inundaron y las que estaban arriba en la loma se fueron por el barranco. Algunas familias aprovechaban los días que paraba el aguacero; salieron con las pocas pertenencias y sus sacos de yute, las escasas gallinas mojadas, que habían sobrevivido, unos cuantos sucres del ahorro, para irse a la casa de algún familiar y abandonar la comuna», cuenta con nostalgia mi tía recogiendo la ropa y llevándola adentro para que no se moje.

Mi padre recuerda que también ellos se fueron uno de esos días en los que el río había menguado su corriente. Afortunadamente, su padre solía tener una remesa de arroz y granos para comer en los días de escasez, tenían una sola comida por día, que era un almuerzo a las 5 de la tarde «Para que no diera hambre en la noche, se comía a esa hora, y en las mañanas había que engañar al estómago con agua de hierva luisa. Yo solía mirar la lluvia con alegría, porque pensaba en todos los campos secos y en los pájaros que cantan con regocijo cuando llueve, pero desde que escuché acerca de los tiempos de *La gran migración*, maldigo los días que llueve y me pongo de mal humor.

Las familias de San Vicente antiguo, San Antonio, Las Garzas y Carrizal fueron las más afectadas por el aguacero debido a que antes había muchas lomas, y los aluviones lograban desmoronar grandes cantidades de tierra en una avalancha de lodo. «Una parte de la culpa de que los pueblos fantasmas no tengan ni un alma que los habite, es porque en ese tiempo, nadie les prestó ayuda, ningún gobernante les dio socorro o apoyo a pesar de que se morían de hambre, lo habían perdido absolutamente todo: vidas de familiares que perecieron en ríos y en deslaves; cultivos, viviendas y animales, la gente estaba decepcionada, afligida, sin esperanza por haberlo perdido todo y prefirieron irse. Quienes volvieron a la comuna, fueron los que tenían algo de dinero ahorrado, pero no regresaron al mismo sitio, sino que decidieron habitar en otro pueblo con algún familiar que les tendió la mano hasta que se acomodaran», aclara mi padre.

Pienso que mi abuelo tuvo días difíciles. Cuando falleció mi abuela, su principal preocupación no era la lluvia, sino los hijos pequeños que tenía por mantener y las pocas tierras que podía aprovechar. Uno de esos días, en los que paró la lluvia, una mañana de abril, mi abuelo, les dijo a todos sus hijos mayores que se marcharan donde quisieran, a los mas pequeños los envió con amigos u otros familiares del cantón La Libertad.

A mi papá lo llevaron a casa de su tía para que pasara una temporada, porque él tenía apenas ocho años y su padre ya no tenía cómo alimentarlo. Entiendo que mi abuelo decidiera estas dolorosas medidas: enviar a sus hijos a otro lugar mientras las cosas se calmaban. «Estuvimos en distintas casas. Mis hermanos mayores tomaron su propio rumbo» expresa mi padre con lágrimas en sus ojos mientras le toca el brazo a mi tía, como palpando una herida que aún sangra.

Dicen que una ruptura amorosa o la pérdida de algo duelen como una quemadura de segundo grado. ¿Cuántas personas habrán sentido el dolor de una quemadura en ese aguacero? No tengo idea, pero mi tía Elsa piensa en Los Reyes como una de las familias más vulnerables. Los Reyes después de tanta desgracia se cansaron de vivir en San Vicente, y los Pilay se fueron de San Antonio. Algunos ancianos volvieron y murieron solos, porque sus hijos tomaron otro rumbo.

El pueblo que sí quedó deshabitado, después del fenómeno del Niño, fue San Antonio. De la casa de mis tíos solo quedaron unos cuantos bloques y pasaron muchos años hasta que alguien mencionara el acontecimiento como parte de la historia de la Gran Migración. El deseo de mis tíos y abuelos no era irse, pero la situación los obligó a abandonar poco a poco el lugar. Mi tía Elsa y su esposo Pedro, en la actualidad, llaman a la pequeña loma: “San Antonio Nuevo”, tal vez por la nostalgia de recordar los placeres del pasado: las tardes de asado de zaino o estofado de venado .

Pienso que la vida es tan impredecible como la neblina que se desvanece en un instante. Las garzas surcan el cielo mientras llega a mi mente un cúmulo de recuerdos de la tierra anhelada; personas que labran el campo, mi abuela colocando más carbón en su pequeño fogón de lata, mis tíos trabajando en la represa.

En esta tarde donde el sol marca en el río destellos cristalinos para recordar las enseñanzas de los ancestros, llegan a mi memoria imágenes recientes. Puedo ver como la oscuridad envuelve las zonas desoladas de los pueblos fantasmas y el glorioso pasado de

los habitantes de la comuna. Siento el último abrazo de mis abuelos, mientras el viento me envuelve y recorre el campo deshojando pétalos amarillos y violetas. El olor de los árboles de algodón me hace recordar las tardes en las que mis tíos pasaban contando historias de sus padres y las instrucciones de vida que les dejaron como un legado indestructible.

San Antonio

Los escombros de San Antonio, carcomen los recuerdos de los habitantes longevos que llevan tatuado en su mente el nombre de los pueblos en los que vivieron. Este primer pueblo fantasma un día estuvo poblado por mis tíos, mis abuelos y mis bisabuelos; eran tiempos de prosperidad donde la carne era gratis gracias a la caza y la cría avícola que era abundante, las plantas curativas aliviaban cualquier malestar: la ruda para los niños nerviosos, el agua de zaragoza para los dolores, la menta para bajar la barriga.

La escasez en las lluvias del Fenómeno del Niño fue un factor decisivo para la partida de los habitantes, ellos un día decidieron hacer sus maletas e irse de la comuna. Algunos se cambiaron a un lugar cercano. Mis tíos y mi papá decidieron ir a la casa de su tía en La Libertad, un cantón en el que había otras posibilidades económicas. Mi papá se dedicó a trabajar en una tienda y mis tíos vendían pan.

Cerca de la casa de mi tía Elsa quedan los escombros, ella ha denominado al lugar donde vive como “San Antonio nuevo”, y cada vez que nombra el antiguo San Antonio, recuerda la escasez, pero también los tiempos en los que las celebraciones duraban toda la noche. En uno de esos festejos nocturnos de juventud, ocurrió algo inusual que ha quedado en su memoria. Cada vez que le preguntan sobre el acontecimiento cuenta: «fui con mis hermanos a la quinceañera de una prima, bailamos hasta el cansancio y la orquesta del pueblo tocó sus mejores éxitos; nos fuimos del lugar amaneciendo. Las siguientes noches, se volvió a escuchar la orquesta y toda la bulla del mismo festejo».

Yo había escuchado muchas veces la misma historia de la fiesta que se volvía a repetir todas las noches, pero no sabía en realidad a qué se referían exactamente hasta que decidí trasnocharme junto a mis primos e ir a San Antonio viejo. Bajamos por una loma llena de malezas y sentimos una nube de mosquitos haciendo festín de nosotros, pero seguimos porque nuestra curiosidad era infinita. Llegamos al lugar y no encontramos ninguna fiesta o algo parecido, solo cuatro bloques que denotaban los escombros de la antigua casa. Mi primo Danny, tan decepcionado ante la farsa, expresó: «Por gusto les hice caso a ustedes, ya vámonos porque hace frío». Yo estaba intentaba manotear los

mosquitos que no me dejaban en paz. Mi primo Alex acercó la luz de su linterna a los restos de la casa.

Decidimos volver ante la decepción, pero en ese mismo instante se escuchó la voz de un narrador: «Buenas noches a todos los presentes», se escucharon gritos eufóricos. Empezó a tocar una orquesta, también se oyó a personas charlando y copas rechinando como un brindis. Asustados ante la realidad del paisaje sonoro del que nos habían advertido, decidimos superar el miedo y grabarlo con el celular de uno de mis primos. Nos quedamos en el lugar unos diez minutos a pesar de temblar ante el suceso. No había nadie visible a quien pudiéramos atribuirle el acontecimiento.

Volvimos a casa y mi tía estaba esperándonos un tanto ansiosa, meciendo su talón rápidamente de arriba hacia abajo, como pisando cucarachas. Nosotros le dejamos oír el audio, sin embargo, para nuestra sorpresa no se escuchaba nada. Desconcertados ante el hecho, mi tía se rio de una forma estrepitosa y alegó: «A nosotros nos pasó igual, mañana amanecerán con fiebre, porque cuando uno busca lo que no se le ha perdido, se termina enfermando. Las almas no quieren ser perturbadas y envían fiebre a quien revela sus fiestas.» Yo sonreí con nerviosismo al escucharla, mis primos entraron a la casa decepcionados ante lo sucedido.

Al siguiente día, los tres amanecimos con fiebre y dolor de cabeza; yo supuse que era producto de la picadura de mosquitos, mis primos sí creyeron que era por el enojo de los invitados de la quinceañera. «No volvemos a interrumpir su fiesta, allá los muertos y acá los vivos», dijo mi primo Danny. Yo tuve fiebre un tiempo, mi primo Danny tuvo fiebre muy alta. Caída la noche, meditaba en la posibilidad de que mis abuelos y ancestros se enojaran por arruinar el festejo, pero también pensaba, en la importancia que se le daba a la celebración de los quince años de la prima de mi tía, mientras los perros aullaban.

En la mañana nos visitó uno de mis tíos que no vivía en el pueblo, los perros lo recibieron moviendo la cola. Ellos predijeron esto, pensé en ese momento, porque en el pueblo se cree que cuando los perros aúllan en las noches, al siguiente día llegará un visitante. El tío subió a la casa por las escaleras y llegó a la cocina, mi tía no lo veía desde hace muchos años, había lágrimas en sus ojos y lo abrazó por unos minutos. Tenía un abrigo azul entre los brazos, trajo una panela y un queso porque a la comuna siempre se llega con algún alimento como regalo. Esa tarde ellos dos fueron a caminar por el bosque y a recordar los tiempos de la juventud en la que cazaban venados.

Yo me quedé en la casa con los recuerdos de aquel día que fuimos a San Antonio antiguo y escuchamos la algarabía de la fiesta de la prima que murió antes que su padre, este mismo hombre que llegó de visita, él no tuvo la posibilidad de verla convertir en adulta y tomar sus propias decisiones. Con el pasar del tiempo, nadie me ha contado sobre su historia de vida y repentina muerte, las únicas veces que la mencionan es para recordar su fiesta.

San Vicente Antiguo

A veces no sabemos qué deudas estamos pagando ni si estamos preparados para seguir viviendo cuando se abandona el lugar que se habitó por mucho tiempo. Silverio Reyes Pilay, en su juventud, tuvo que abandonar el pueblo San Vicente antiguo y reconstruir su casa en otro lugar, al que denominó San Vicente a secas.

Era complicado que él se quedara en el lugar. Aunque para muchos quizá no haya sido de gran relevancia las movilizaciones que se hicieron por la construcción de la represa. Luz, la hija de Silverio si recuerda que su anciano padre cayó en un abismo de angustias cuando llegaron los ingenieros y le pidieron desalojar su casa. «Tiene que irse, porque se ha firmado un convenio y su casa está en una ubicación que será necesaria para la construcción que estamos haciendo». Cuenta, Luz, que su papá le pidió que se fuera a su cuarto, pero ella se quedó mirando al hombre que les llevó la noticia y les dejó sin hogar.

Fueron muchos días en los que Silverio Reyes Pilay hizo el esfuerzo por no derrumbarse ante su hija y sosegar con todas sus fuerzas el desánimo, porque debían abandonar el recinto San Vicente. Silverio y su hija sacaron sus maletas después de una semana. «Ese viernes en la tarde mientras doblaba mi ropa recordé la sonrisa de mi mamá. Cuando ella vivía se asomaba por la ventana para ver los pájaros volar de una rama a otra, pensé que en otro lugar no tendría los mismos recuerdos de ella. Terminé la maleta, mi padre y yo salimos del lugar, mientras demolían la casa, pasamos con una tía en San Vicente, ya que todos los desalojados estaban asentados en el lugar». Luz cuenta esta historia, mientras las papas hierven y aliña con esmero la carne de pato para el almuerzo.

Luz es una mujer de 50 años, llena de ocupaciones como la mayoría de las mujeres en la comuna: cuida del sembrío, sus hijos, nietos y el ganado. No hace muchas amistades. Al llegar a algún lugar, o al recibir a algún amigo de su esposo, sale a saludar y vuelve a la cocina en un de silencio sepulcral. Sin embargo, es una mujer distinta con los amigos de su padre a quienes respeta en demasía.

Ella tiene algunas fobias, una de ellas es tan absurda que la lleva al llanto, si ve flores lilas en el campo se acongoja y las lágrimas no paran de empapar su rostro. Silverio,

su padre, cuenta que es porque «el día del fallecimiento de su mamá, después de salir del cementerio, vio un enorme campo lleno de estas flores de ese color»

Su padre y ella son grandes amigos. Hasta podría decirse que la devoción que ella le tiene es casi un fervor religioso. «Mi papá es un santo. Si él le da la bendición a alguien, le va a ir bien», me dijo una tarde que la visité. Las fotografías de su padre están por toda la casa, si algún visitante las quiere tocar, con una mirada seria, Luz se las quita de las manos diciendo: «esas imágenes no se tocan, porque mi papá es sagrado».

«San Vicente Antiguo es un lugar en el que antes se veía el inmenso bosque desde alguno de los cerros, ahora la represa llegó para recordarnos que nada volverá a ser igual que antes» dice Don Silverio. Comenta también que desearía volver a su niñez para poder disfrutar de los placeres de un recorrido por el campo y mirar a lo lejos los potros salvajes, recobrar su juventud y los amores del pasado. Luz le da un codazo cada vez que intenta hablar de alguna de las novias de su juventud, porque para ella su madre es la única que merece ser recordada. «Mi madre en pleno invierno salía a recoger cangrejos azules en la orilla del río, ahora todo esto es solo un recuerdo», dice Luz.

Según el anciano, hubo un tiempo de sequía y de peste en San Vicente. A pesar de que todo era próspero, un lunes normal que iba a labrar la tierra y darle de comer al ganado, encontró varias vacas muertas en el camino y al llegar a los sembríos, estos estaban secos. Las personas quedaron endeudadas, porque habían invertido mucho dinero en sus parcelas y solo quedaban plantas muertas, al ver esto, decidió salir a cazar a la peste, que para él era una mujer con extremidades demás, ojos de araña y una cola de lagarto.

«Salí sigilosamente con mi escopeta después de ver una silueta por la ventana. Sabía que era la peste. Ya había tenido otros encuentros con ella y aún sentía el mismo miedo de la primera vez» expresa. Esa noche llevó su escopeta «apenas le disparé se convirtió en una nube negra que subió a un cerro, en ese mismo instante llovió» contaba, mientras se subía a su hamaca.

En San Vicente Antiguo se creía que la peste o la sequía eran mujeres a las que debían dispararles para ahuyentarlas. Silverio fue por mucho tiempo el caza sequías o pestes, hasta que un día dejó su legado al hijo de un compadre, porque se sintió con pocas fuerzas. «Le enseñé lo necesario al joven para que tomara mi relevo, porque yo tenía 50 años y quería respaldo, sobre todo después de que me jubilé de la caza», afirma.

La reconstrucción del recinto fue silenciosa después de la construcción de la represa. Mientras realizaban sus actividades las personas, no se saludaban ni emitían comentarios sobre la construcción, Silverio no habló una sola palabra desde aquel día, todos pensaron que se había quedado mudo. Luz dice que ella, decidió romper el silencio y le dijo a su papá: «¿usted cree que esto fue una venganza de la sequía por ahuyentarla?» Y él le respondió: «hija, eres tan inocente. Un día veras que los humanos somos una plaga más fuerte que la propia sequía». En ese momento empezó a llover y Luz tomó la mano de su padre, se arrodilló y le pidió la bendición, desde ese momento ella lo venera como si fuera un santo.

El pueblo del Diablo, el Brujo y el Palo Santo

El Palo Santo es más que un incienso para atraer las buenas energías, sanar el dolor de barriga, los dolores del corazón o corregir el camino de alguien en plena adolescencia. Según algunos pobladores es un gran protector contra el Diablo. Mi tía Vilma, dice que este «sale corriendo si se mira en un espejo de Palo Santo».

En mi familia, cada vez que se menciona al Diablo, las voces se vuelven susurrantes. Las pupilas se dilatan, las manos se colocan entre las piernas o los brazos, como si mencionarlo les estremeciera la piel, después se deja el Palo Santo encendido en una vieja lata de sardina o atún.

La primera vez que escuché que el Palo Santo ahuyentaba al Diablo fue un día de abril en una reunión de la comuna. Los destellos de sol entraban por las ventanas del pequeño lugar y algunas personas se abanicaban con hojas de bijao¹³. Como en un acto ceremonioso, el párroco rezó un padrenuestro y terminó su discurso en la casa comunal diciendo que «todo aquel que quiera ahuyentar al Diablo en estas épocas de Semana Santa, no solo debe ir a la iglesia el domingo, sino tener el incienso en el corredor de su casa, o dentro de ella para prevenir que él Diablo les venga a silbar y que, a causa de su visita cometan algún pecado atroz como asesinar a su hermano o pecar con la mujer de su prójimo».

En todas las casas por las noches se pone una lata con el Palo Santo y se escuchan canciones religiosas en la radio local. El Diablo llega a medianoche del viernes santo, mientras todos estamos despiertos. Uno de mis primos toma su escopeta y sale al patio, da un tiro al cielo para avisar a los vecinos que ya se acerca el momento. Se coloca el Palo Santo en la pequeña lata vacía y se lo enciende. Una de mis primas ha traído unos papeles con frases que escribió para colocarlos dentro del recipiente, para que se mueran todos los malos augurios. Esa es la función del papel, además de despertar las llamas del palo y avivarlas.

Vuelvo mi rostro a la candela mientras escucho otra vez silbidos y risas. «Es el Diablo, no se levanten», dice mi tía Elsa. Todos permanecemos en silencio; aunque cada vez se vuelven más escandalosas las carcajadas, mantenemos la calma en nuestras sillas

¹³ Es una planta con hojas alargadas parecidas a las del plátano, en nuestro país es utilizado para envolver alimentos de cocción ancestral.

de madera. «La madera atrae a los buenos espíritus, porque en épocas anteriores, los y las comuneras daban regalos de madera a sus seres queridos en días de festejos, como la Semana Santa», dice mi primo Dany. Se acaban los silbidos y todos regresan en silencio a sus cuartos para descansar. El Palo Santo es apagado con agua por hoy, pero mañana tocará prenderlo nuevamente.

Existen muchas versiones sobre la última casa de Carrizal: los habitantes de El Corozo, dicen que era de doña Sonia, una anciana comadrona que murió hace unos años; Los habitantes de San Antonio piensan que es de una joven hermosísima que desapareció de un momento a otro sin saber como ni a donde se fue; los habitantes de Las Balsas coinciden que es de un brujo que vivía en allí. Lo cierto es que todos saben la hora en que el Diablo lanza sus silbidos afuera de esa casa, el sonido logra escucharse por todas los pueblos.

A lo largo de los años, he notado que la historia de la última casa de Carrizal se resume en contar la vida del brujo Marcial, ya que los habitantes de la comuna mantienen fresca en la memoria esta historia, dejando las demás versiones en un segundo plano; en algún momento todos los habitantes reconocen haber ido o escuchado de alguien que fue a su casa para hacerse alguna curación con este brujo que sanaba: mal de ojo, brujería, mala suerte, dolores de cabeza o la boca amarga. Uno de mis primos siempre dice: «existe la brujería porque existe la gente envidiosa». En San Antonio, se cree que la brujería está vinculada con los malos deseos que tienen los vecinos a alguien que empieza a tener mejor economía, las personas que tienen alguna riña o quieren vengarse de alguien.

«El Diablo le ofreció riquezas a Marcial, a cambio de que hiciera brujerías y fuera un enviado suyo como un profeta o arcángel», comenta mi tía Vilma quien me cuenta un poco más sobre el brujo debido a mi curiosidad. «Yo viví cinco años en Carrizal y cuando Marcial se mudó a aquella casa empezaron los problemas. Él era un hombre humilde. Luego que pactó con el Diablo, reconstruyó su casa y la gente del pueblo lo buscaba por montones. Algunos gringos que venían de lejos llegaban a la casa de Marcial para que les hiciera el ritual de sanación con ramas de ceibo, huevos y brebajes, o les adivine el futuro, era muy famoso por todos lados. Una vez fui a que me quitara el insomnio, pero al ver una cabeza pequeña como de una persona con la boca cosida, me espanté y me fui de allí», me contó mi tía en una noche de vigilia.

Las actividades que hacían los brujos o curanderos tenían la finalidad de sanar el cuerpo y el alma, pero también reconocer y detectar a los que intentaban hacer una que otra maldad a su prójimo. «Yo le di una segunda oportunidad a Marcial cuando fui a dejarle un caldo de pollo, porque no quería que me hiciera algún mal después del día que salí asustada de su casa. Él lo aceptó y desde ese momento nos volvimos un poco más cercanos», alegó mi tía.

Marcial, según lo describen quienes lo conocieron, era una persona risueña y le gustaba ayudar a todos, pero cuando el Diablo le comenzó a dar más poder para acaparar multitudes y posesiones, se volvió arrogante. «Él era un joven sencillo. Su primera casa era de tabla y hablaba con todas las personas, pero después de ese pacto con el Diablo que todos conocen, se volvió un hombre con una mirada de altanería; no miraba a nadie a la cara y sus gestos eran firmes como si se encontrara frente a desconocidos. Construyó una casa de dos pisos de bloque, loza y vidrios oscuros, empezó a vestirse mejor y los extranjeros que venían a Carrizal llegaban a saludarlo y a hablar con él como si tuviera fama internacional», narra mi tía, quien no ha dejado de remover el café toda la noche con su habitual ansiedad ante el relato.

Ella tenía veinte años cuando vivió en Carrizal donde tuvo algunas experiencias sobrenaturales, que pocos le creen. «Estaba con mi primer compromiso, y vivía de la cría de chanchos. Una tarde recuerdo haber pasado por el corral de la chanchita más gorda que teníamos, porque la haríamos estofado para vender. Mi marido la ató de las patas y la amarró a un palo, ella forcejeó y hablo: “¿por qué me vas a matar? Si quien te hace mal no soy yo, es tu vecino que tanto alabas”. Lucio y yo salimos corriendo al escucharla, estuvimos aterrorizados porque después empezó a reírse como endemoniada, pasamos en vela toda la noche. Al siguiente día la vendimos porque teníamos miedo de que nos volviera a hablar», terminó de decir mi tía mientras tocaba con la cuchara los filos de la taza con café.

No soy muy dada a creer las manifestaciones del Diablo o los brujos de los que habla mi tía Vilma, pero soy empática ante lo que me cuenta, porque mi mamá siempre dice que en mi niñez me daba mucha fiebre sin razón alguna, y los vecinos de la comuna le decían: “a la niña la ojearon o le hicieron brujería”. Yo tengo ciertos destellos de luz que me recuerdan ese tiempo. Me veo sentada pidiendo agua, pero con los ojos cerrados; en otras imágenes están mis padres con ramas de ceibos que huelen raro y se sienten caliente, las pasan por mi cuerpo, y también hacen algo similar con un huevo.

Recuerdo los sueños y las convulsiones. Ahí está, no dejen que me lleve, gritaba yo. Esos días pasaba mucho en cama y la fiebre se detenía por ratos. En la noche asustaba a mis hermanos porque según cuentan «el Diablo me venía a llevar», pedía agua a medianoche mientras tenía los ojos cerrados. Yo era consciente de la escena y que me sentaban porque creía que me ahogaba en el río. Mis sueños iban desde sentir que un rodillo gigante me aplastaba, hasta ver la silueta de un hombre en negro, me envolvía con sus manos como si fueran esposas y yo parecía desesperada por desatarme. Todos en mi familia recuerdan que gritaba y me angustiaba con ojos cerrados, lloraba y me salía baba de la boca como si fuera un perro con rabia. Las fiebres seguían noche a noche, en ellos yo era una niña abandonada en un bosque.

Mi tía Vilma dice que el diablo de Carrizal era el mismo que me perseguía, pero que después de que colocaron Palo Santo, por siete noches seguidas este se fue. También cuenta que el amigo del Diablo, Marcial, murió de una enfermedad de la que no le descubrieron cura; poco a poco se volvió delgado y un día encontraron su cabeza envuelta en una sábana encima de su cama. «Todos guardamos silencio sobre su muerte, porque si alguien se mete en los asuntos de Satanás él le hace algún mal» narra mi tía Vilma, terminando la historia. mientras enciende un Palo Santo y lo deja en una lata a la entrada de la puerta.

Los Rosales

Uno de esos días de septiembre, cuando llegan las aves migratorias hasta la represa, mi padre y yo estábamos sentados bajo una mata de mango, e inesperadamente empezó a contarme cómo era la vida en Las Garzas. Este pequeño recinto abarcaba a una familia numerosa que vivía una al lado de la otra. Mi papá cuenta que ellos eran una familia bondadosa, muy conocidas en la comuna.

Sus inicios se remontan a una pequeña covacha de madera y un sembrío pequeño de unos cuantos zapallos y tubérculos. «Alcívar Suárez Rosales y Luisa Rosales llegaron a Las Garzas, con la finalidad de empezar una vida lejos de sus familiares del cantón Santa Elena, porque toda la parentela estaba en desacuerdo de que se casaran, por ser primos hermanos y tener apenas dieciséis años ambos. Alcívar salió de la casa de sus padres, con una maleta pequeñita y unos cuantos sures en el bolsillo».

Cuenta que la pareja llegó a una tierra deshabitada que no tenía ni nombre, ni fecha de fundación. El aire era puro y los pájaros trinaban al rayar el alba, el pasto crecía por rimeros en el lugar donde solo nacían flores amarillas y lilas. Las garzas llegaban hasta una loma a despiojarse y a mirar al horizonte. «Nadie le había puesto nombre a ese lugar hasta que llegó Alcívar, que habló con tanta seguridad el día en que le preguntaron dónde vivía: “En las Garzas vivimos yo y mi esposa, pero pronto será más poblado”. Después de ese día, todas las personas en el pueblo empezaron a llamar al lugar como: Las Garzas.» dice mi padre.

«La familia Suárez Rosales tenía una hospitalidad sin condiciones. Todos sus integrantes, desde Luisa Rosales hasta el último primo, recibían en sus casas a personas desconocidas» dice entre risas mi tía. Yo imagino la casa de esa familia como un gran albergue para los campesinos y campesinas, en los días en que las lluvias, los ríos hondos y los malos caminos, impedían el paso.

La familia se dedicó después de un tiempo de ahorros a vender leche en el vecino pueblo, San Vicente. «Nicanor y Prospero Rosales, decidieron mudarse a Las Garzas, independizarse de sus padres y vivir a lado de su prima y adquirir unas cuantas vacas para poder producir más leche», me contó mi papá aquella tarde en la que recordaba a los pobladores de ese pequeño recinto.

Alcívar tuvo muchos hijos con Luisa y junto a los primos administraron bien sus ganancias. En un año, empezaron a remodelar sus casas con madera más fina y con corrales grandes para las vacas. «Doña Luisa era una mujer muy noble, recuerdo que una vez pasé en pleno aguacero en medio río que llegaba hasta las costillas, ella me dijo que entrara a su casa, le pidió a su esposo una de sus camisas para que me la pusiera. Daban alimento y albergue en su casa a quien lo necesitara, hasta que paraba la lluvia y los ríos se devolvían a su cauce», me cuenta mi padre.

Nicanor fue el primer primo de Luisa que se independizó e hizo su propia casa en Las Garzas. Era un hombre de muchas palabras. «Estafaba a los tontos y tenía mucha labia, como dicen los pobladores, que a pesar de su rostro miserable atraía a viudas, solteras o casadas que pasaran por ahí», comenta mi papá entre risas.

En la actualidad, el lugar se halla en una colina pequeña; solo hay una casa de caña sin puerta, abandonada. Según mis tíos, perteneció al último poblador, Nicanor Rosales (Guacharnaca)¹⁴, quien era el único que vivía aislado y tenía unos depósitos de carbón con que sostenía su vida. Siempre escucho que él alguna vez pretendió a mi tía Elsa; esa tarde, mientras ella le daba de comer a una gallina los últimos granos de maíz de un saco, yo le pregunté si era real lo que muchos contaban, y me comentó su versión:

«Nicanor (Guacharnaca) era el mayor cuentero de Las Garzas; en las tardes salía a estafar a la gente o contar mentiras. Un día le dijo a su primo Prospero, que yo necesitaba un vestido y que le mandaba a pedir plata y él le creyó y entregó lo solicitado. Así empezó ese horrible rumor, yo apenas tenía como doce años, no me dejaban salir de la casa ni a la tienda, no solo por mi edad, sino porque el cuentero se encargó de que en toda la comuna se regara el chisme», contó mi tía.

Mi padre me comentó que todos los días llegaba el chismoso Guacharnaca, a contarle a su primo Prospero que mi tía Elsa lo quería conocer. Esas semanas, ella se había ido a la casa de mi abuela Antonia, así que la mentira le venía bien al joven pícaro. «Guacharnaca le dijo a él que lleve un silbato de barro y que, cuando llegue a la casa de mi mami Antonia, lo pite hasta que aparezca mi ñaña Elsa», comentó entre risas mi padre. Ese día, Prospero llegó en un caballo, hasta el cantón La Libertad sin dificultades, ya que había averiguado que ahí residía mi tía Elsa en una casa alta de tablas bien labradas.

¹⁴ En la comuna, Guacharnaca se le dice a una persona tonta o ruda, pero también a una persona que está buscando afecto de alguien más y no lo encuentra.

«Cuando llegó, pitó el silbato y salió mi mami Antonia con un palo de escoba: “¡malcriado! Lárgate de aquí”, le gritó. Próspero, se escondió en un hueco, y cuando ella se cansó de buscarlo, corrió a subirse en su caballo que había dejado amarrado a varios metros de distancia» comenta mi papá sin contener la carcajada. Guacharnaca, al siguiente día se quedó en su casa, porque había escuchado que Prospero le quería “regalar una escopeta”¹⁵. Así anduvo el mentiroso, muchos días escondiéndose, hasta que su primo se calmó y volvieron a hablar como antes.

Alcívar y Luisa eran contemplados como una pareja llena de todas las virtudes humanas. Su casa era de tabla, porque ellos tenían la idea de vivir “humildemente”, a pesar de tener el dinero suficiente para tener muchas posesiones, según me contó mi papá. Ellos preferían dar a los pobres e invertir en su ganado. Don Alcívar y Luisa iban siempre de viaje al cantón La Libertad, Nabor y Prospero siempre soñaban con la posibilidad de quedarse con algo de la fortuna de ellos, pero no les fue posible.

Los Rosales no fueron una familia común, según mi tía Elsa: «eran diferentes, tocaban varios instrumentos y en su casa nunca faltaba la buena música. Pero un suceso extraño ocurrió desde que Don Alcívar, murió todas las tardes los vecinos empezaron a notar que se entonaba una melodía sepulcral. La música sonaba más y más cada día. Todos se quejaban de lo alto que tañían las canciones, pero un día al llamarle la atención a Doña Luisa sobre estos bullicios, ella supo manifestar que jamás tocaron música desde que su esposo murió una tarde de abril.»

Según cuentan Don Alcívar Suárez Rosales terminó su vida con una rara enfermedad, en la que perdió la visión, fue un hombre conocido como uno de los más longevos del sector, alguien honesto al que le gustaba contemplar las parvadas de garzas en el firmamento, porque decía que le recordaba su infancia, pero cuando su padecimiento se lo impidió para siempre, pasó muchos días deprimido al no poder disfrutar de los placeres de la visión.

«Después de la muerte de Don Alcívar, todo se vino abajo. Los hijos vendieron las vacas y se fueron a vivir a la ciudad. Doña Luisa le guardó cinco años de luto cerrado a su esposo. Nicanor, con engaños, le vendió la casa y, con lo poco que le dio, ella se fue a vivir con una amiga de la infancia, en la parroquia Colonche. Después de eso, no se

¹⁵ Frase coloquial de los pobladores de este sector para decir que le quería disparar hasta matarlo.

volvió a saber de ella, hasta que la trajeron en un ataúd», contaba mi papá que solo la volvió a ver muerta la noche del velorio, cuando se rezaba por el alma de la mujer.

Nicanor murió en manos de Próspero Rosales porque este, según los testimonios, estafó a su anciano primo con una cantidad notable de dinero afirmando que era para arreglar el matrimonio de Prospero con una joven. «Guacharnaca no le tenía miedo a la muerte, esa era la cuarta vez que el viejo Próspero lo había amenazado y prometido que lo mataría si lo volvía a engañar, sin importar que fueran primos y así fue, días después lloraba su partida», contaba mi papá mientras recordaba.

Los hijos de Los Rosales alquilaron las tierras heredadas, pero los inquilinos desertaron al percatarse que tres de sus parientes tuvieron la misma extraña enfermedad de Don Alcívar, quedando ciegos y padeciendo dolores hasta lo último de sus días. El pueblo quedó desolado y los habitantes de otros caseríos suelen mencionar que nadie va por esas tierras, porque las garzas que se suben la loma todas las tardes, son enviadas por Los Rosales, desde la otra vida, para vigilar que sus tierras no sean profanadas.

El camino de la memoria

El río ciego

Tengo frío, sigo en el río, son las cinco. Un día más pensando en la posibilidad de quedarme en este lugar. Mi tío trae su caballo Estrella a beber agua. Yo he vuelto la mirada a la tristeza del animal y al cansancio de mi tío, sigo pensando en la posibilidad de no irme.

Mi tío Pedro, es un hombre tuerto, según cuentan mis tíos paternos, quedó así días después de casarse con mi tía Elsa, una mujer de pocas palabras que en su juventud, casi no salía de su casa, y las veces que lo hacía era con la excusa de ir a la tienda para encontrarse a escondidas con Pedro. En el año 1997 mi tío Pedro salió de su casa, bajó la loma, caminó durante media hora hasta llegar al río. Se encontró con un hombre que le reclamó porque el caballo se comía sus sembríos, él trató de disculparse, sin embargo, ante los insultos de aquel hombre, sacó su machete, forcejeó con él durante un largo rato y aquel al verse perdido, sacó un cuchillo pequeño y lo clavó en su ojo derecho, después de esto, él no emitió comentario alguno sobre su ceguera.

Son las cinco de la tarde, sigo pensando en quedarme. Mi tío prepara café negro, néctar de los ancestros. «Tu tía se levanta tarde porque no le gusta madrugar» dice mi tío y ella sonríe. Sus nueras traen agua del río apenas raya el alba y preparan el desayuno a las 6 am menos los sábados y domingos, esos días se desayuna más tarde. Ambas son hermanas casadas con dos hermanos, son de cabello rizado, tienen los mismos gestos, pero una es más silenciosa y la otra conversa hasta por los codos «cuando nos encontramos con los vecinos en el río, solo yo converso» dice una de ellas en son de burla.

Para mí, el río guarda relación con las constelaciones, porque en las noches en las que me despojo del ruido para escuchar mi voz, dejo que los brazos de las estrellas y la ría me quiten las preocupaciones. «Los problemas se van en el mover de las aguas, cada vez que vas al río debes soltar y así te sentirás mejor» esto me dice Brenda, mi psicóloga, una mujer joven que le gusta coleccionar tazas de segunda mano y cuenta chistes. El río fue mi RCP¹⁶ una metáfora que uso para mencionar que él salvó mi vida.

¹⁶ Reanimación cardiopulmonar.

Esperaba que los días pasaran despacio para no tener que irme, pero una de mis primas me recordó, a la hora de la merienda, que debía marcharme del pueblo y regresar los fines de semana «hacer visita de doctor» dice mi mamá cuando se visita de pasada. A mi tío Pedro tampoco le gustan esas visitas, comenta que después de unos años prefiere visitar por largos días a sus compadres o comadres, para él y para mi familia en general, una visita breve es algo descortés. Ahora los tiempos han cambiado y «las gallinas tienen otro cantar» dice mi tío Pedro.

En la comuna, el río está cerca de algunos pueblos, pero siempre llegan personas de otros lares a encontrarse con el agua clara y sumergirse en el remanso. En las tardes de verano llegan familias enteras a comer, bañarse o realizar alguna celebración como un cumpleaños o bautizo. Es normal ver a niños tener miedo y llorar para no entrar al agua, pero luego pasan horas intentando nadar con un flotador. Ir al río es la excusa perfecta para deshacerse de los problemas, aunque mi tío encontró uno allí, pero días después se reconcilió con él y volvió a darle de beber agua a su caballo Estrella.

El tío Edgar

Nunca vi su rostro o escuché al menos un “no” de su voz, pero a veces pienso que sí lo conocí en un mundo paralelo a este. Me contaron del tío ahorcado. Su nombre era Edgar, su foto está colocada en un marco dorado en la sala de la casa de mi abuela adoptiva. Una foto ampliada en blanco y negro bastante antigua, junto a él está su hermano. En ella ambos tienen veinte años, rostro serio, un traje de gala, y parecen incómodos en la fotografía.

Cae la tarde, algunos pájaros aún trinan mientras mi tía desnuda choclos y prepara la leña para asarlos. Recuerdo a mi abuela diciendo: «él era un buen hijo, el más guapo de todos y muy trabajador». Ella piensa que él aún vive en la casa, siempre que mira su foto habla de él en presente y le deja un espacio en la mesa. A él le gustaba vestirse de traje y corbata, en la foto sus ojos son grandes y cabello muy bien peinado, sus labios finos no denotan expresión, pienso.

Me siento al lado de mi papá, él mira el horizonte sin emitir palabra, yo le pregunto por mi tío ahorcado del que siempre habla mi abuela. No recuerdo mucho de él, pero me contaron que se ahorcó por una carta que le envió la novia, ella decía que se casaría con otro, que no lo amaba y que prefería irse con alguien pudiente, al leer esto se ahorcó, lo encontraron días después. Mi papá toma una naranja de la funda que tiene al lado, la pela con una navaja pequeña, forma una larga culebrita con la cascara y su rostro empalidece como alguien que ha recibido una noticia espantosa. Me voy de su lado, él no emite ni una sola palabra.

Mi tío Pedro en la noche mira la televisión, se aburre y la apaga. Yo aprovecho para acercarme y que me cuente del ahorcado. Él sabe quién era la prometida y conoce muchos detalles que nadie más comenta: «él tenía como cinco años de novio con ella, habían hecho planes de casarse, en esos tiempos, todo el mundo se casaba joven. Se ahorcó a los veinticuatro años, pero ya váyase a dormir». Mi tío me toca la cabeza como cerrando una herida.

Son las 8 pm. las gallinas en el campo ya están dormidas «casi en su tercer sueño» pienso, pero pasada la medianoche se levantan a despiojarse y los gallos empiezan a cantar, todas duermen una al lado de la otra. Se acurrucan entre sí, cierran sus pequeños

ojos y ocultan su cabeza entre las plumas, esconden sus patas debajo del plumaje. Duermen en las ramas de los árboles o en una pequeña tabla dentro de su gallinero.

«Edgar, fue un hombre al que le gustaba levantarse temprano para pescar tilapia, tiraba su red, lanzaba carnadas de chuguecos¹⁷ o pinchaguas y esperaba. Cuando veía que la red se movía, la levantaba. Era un suertudo, siempre pescaba las tilapias más grandes y robustas y los otros no pescábamos nada» contaba Pancita, amigo de su juventud.

Son las doce del día, el sol está empezando a pegar fuerte. Creo que mi papá ya está cansado de tirar la red y sus carnadas, lleva algunos minutos allí y empiezo a notar su nerviosismo. Él es un hombre que pocas veces se muestra débil, tal vez porque su infancia fue difícil, su padre era un hombre impulsivo que ante cualquier error de sus hijos se volvía violento. Pancita lo acompaña en la canoa color azul, se burla de mi padre y su escasa pesca: «primo, se le escondieron los pescados» mi padre saca su red vacía.

Pancita dice que uno de mis tíos se parece a Edgar, yo le pregunto cómo era, y el responde: «Era un hombre alto, joven y de orejas grandes. Cuando yo viví en su casa le hacía chistes, pero él no sonreía mucho».

Mi tía Elsa llega a recoger agua para el desayuno en un pequeño balde color gris, se acerca a saludarme con un beso en la mejilla y se ríe de mi papá porque no ha pescado nada: «pero si tú eras venadero, yo recuerdo que de muchachos no tenías quien se te iguale con la escopeta, Javico». Yo estoy con los ojos un poco achinados tratando de que los rayos del sol no me nublen la visión, me he puesto mis gafas redondas de color naranja e intento sentarme. Pienso en el tío Edgar, el tío Pedro y en mi padre; el primero decidió que su prioridad no era vivir, el segundo cree que la vida es un camino lleno de espinas que hay que aprender a no pisar y el último considera que las situaciones de la vida no llegan para quedarse.

«Cuando Edgar tenía doce años ya trabajaba pescando todas las mañanas, hasta que pasó lo que tu sabes». Pancita tira su red y la carnada, espera a que se mueva y tira de ella con todas sus fuerzas. Cinco tilapias han caído, como cayó en la desilusión y agonía el tío Edgar aquella mañana de la carta. No lo volvieron a escuchar más. Según

¹⁷ Pescados pequeños

Pancita lo encontraron dos días después en su casa y el olor era insoportable «un olor a pescado podrido de los que no se vendieron el día anterior» asevera.

Son las dos de la tarde y tengo hambre, busco entre mis cosas algo que pueda ser comestible y encuentro una galleta. Me siento en el pasto a comerla mientras contemplo mi alrededor. El río susurra las nostalgias de aquellos que pasaron a recoger sus recuerdos. Los pájaros cantan y algunos se acercan al río para beber, luego alzan el vuelo como si no fueran a regresar. En los bordes hay diminutas flores amarillas que danzan con el viento. Los grillos hacen cri cri y las garzas de plumas blancas y pico amarillo, han llegado a comer. Algunas introducen su pico en la orilla para atrapar a los pequeños cangrejos que caminan en el lodo, sus plumas brillan y sus piojos salen a tomar los beneficios del sol. Termino de comer mi galleta, veo que las garzas se comen de un solo bocado a los cangrejos y otras dos pelean por un pescado que se le cayó a Pancita en el lodo.

Mi papá se rinde, baja de la canoa y llega hasta donde estoy diciéndome: «esos pescados conocen a sus dueños, vámonos a la casa». Caminamos por la calle y percibimos el olor a algodón, huele como a flores de vainilla, pienso. Mi papá me señala las olleras¹⁸ unos pequeños pajaritos de color amarillo que hacen casas de barro en forma circular. Son como pequeñas arquitectas que dejan sus casas perfectas, cuando llega un ventarrón no se caen, porque están firmes entre las ramas de los ceibos. Estas casas también parecen panales de abejas o algo parecido a una olla de barro boca abajo.

«Edgar, era un hombre serio, parecía un adulto en la piel de un niño, no le gustaban los chistes y no le gustaba bailar, pero desde que conoció a Margarita, dejó un poco la seriedad. Ya no vestía tan formal, aunque desde siempre tenía un rostro cansado. Murió de tristeza y mala alimentación» dice mi tía Elsa mientras le da agua en un matiancho¹⁹ a mi papá. Son las seis de la tarde y los destellos del sol se van desvaneciendo, las vacas empiezan a acurrucar a sus crías entre su regazo, se acuestan bajo los árboles y pasan la lengua por la cabeza de las terneras. Algunas llaman a sus crías mugiendo con todas sus fuerzas.

Pancita convivió un tiempo con mi tío Edgar porque no tenía donde vivir, su esposa lo echó de casa al enterarse que se encontraba con su prima en el río «me das asco,

¹⁸ Las olleras son llamadas horneros en otras partes del país, construyen sus casas de barro en lo alto de los árboles, tienen el pecho blanco y amarillo, alas café con amarillo.

¹⁹ Vasija hecha de madera, barro o con la corteza de un coco, utensilio usado para tomar agua.

lárgate de mi casa, panzón» le dijo ella un día y no lo dejó volver. «Un año viví con él y recuerdo que en esos tiempos en la comuna no había luz, Edgar pasaba horas escribiéndole cartas a Margarita cerca de una vela. A veces me decía que las lea. Era aburrido el hombre y ella le respondía después de una semana, porque vivía lejos. El primo de ella les llevaba la corriente, Margarita le escribía cartas como si fuera su papá o el director de algún colegio, toda fría y desamorada» Pancita sonrío, pero en su rostro hay un poco de nostalgia, toma un cortapluma y un mango de los que lleva en una funda, sale al balcón y mientras lo pela pasa una de sus manos por su rostro.

Mientras recuerdo

Son las cuatro de la tarde y las moquiñañas²⁰ me pican en los brazos, trato de matarlas, pero fallo en el intento. Las sombras de los árboles mantienen la tierra fresca. Me siento en el piso y veo como las vacas se refugian en la sombra junto a sus crías. Recuerdo que me contaron que en Carrizal también había ganaderos que tenían muchas vacas, «en ese pueblo había no más de quince casas, pero existía una escuela de educación primaria» me cuenta El Ocho, un amigo de la familia.

Las personas festejaban acontecimientos y matrimonios al aire libre, alquilaban pequeños bancos para acomodar a la gente. En la actualidad, en Santa Elena, viven algunas personas que no pierden la tradición del campo y compran sacos de colores que colocan con cuatro juncos formando una especie de encerrado y alquilan pequeños banquitos de colores. «La fiesta es en la calle, contratan un Deejay, matan vacas, toros o chanchos para asar y darles de comer a la gente, compran alcohol y bailan hasta que el cuerpo aguante» dice El Ocho, mientras espanta las moquiñañas de su cara. Actualmente, en la comuna algunas personas siguen la tradición y otras hacen sus fiestas en la calle, pero sin encerrado para que todo aquel que pase por la fiesta no se sienta excluido. «Me voy, porque tengo que sacar a beber agua a las vacas» dice El Ocho mientras se levanta.

Yo me quedo bajo la sombra de un árbol, recordando que Carrizal es un lugar silencioso, donde los pájaros cantan desde las cinco de la mañana y las gallinas se despluman. Los árboles también se unen a la melodía con un soplo apacible y todos conforman una armonía dulce que envuelve las nostalgias pasadas. Recuerdo que algunas personas abandonaron el pueblo a causa de las lluvias y la falta de alimento. Carrizal fue un pueblo bastante grande dentro de la comuna, sigue perteneciendo a la misma «porque las hectáreas de ese pueblo aún constan en las escrituras que fueron firmadas por el Estado y el presidente de la comuna el 16 de marzo de 1982» repite mi papá cada vez que volvemos a la comuna. Además, en la memoria de muchos pobladores siguen presente los acontecimientos que sucedieron en ella, todos recuerdan que era una tierra muy productiva. Quienes vivieron en ese lugar dejaron el legado de sembrar, cosechar, dar gracias a la tierra y festejar a lo grande. Este pueblo es y siempre ha sido un símbolo de

²⁰ Moquiñañas, nombre coloquial para denominar a unas pequeñas avispas de color amarillo.

gran relevancia para comuneros y comuneras que hasta hoy defienden su territorio, aunque vivan en otro lugar.

Son las 6:30 pm. y mientras pelamos choclos para hacer tortillas, mi tía Elsa cuenta que su abuela (mi bisabuela) era comadrona en Carrizal y empezó esta profesión desde los 30 años, porque esa es la edad que se considera madura a una mujer para que pueda acomodar los vientres delicados de las madres primerizas, ayudar en el parto, cuidar a las parturientas, hacerles dieta y cuarentena; sobar estómagos, y bajar la madre cuando está alterada.²¹ Yo nunca conocí a mi abuela, solo escucho lo que me cuentan los demás mientras desgrano choclos.

Mi papá me dice que «ella fue comadrona por 25 años y en aquel tiempo era muy complicado parir en algún hospital, porque no existían centros de salud cercanos, enfermos o embarazadas debían viajar dos horas hasta La Libertad o Salinas y pagar precios altísimos por la consulta u operación». Las embarazadas preferían contratar a la comadrona ante el riesgo de perder al bebé en el viaje y la falta de recursos. «Mi abuela era bien conocida, la buscaban todas las semanas para que arreglara a los bebés en mala posición y los ayudaba a venir al mundo como partera de fama que era, pues nunca se le habían muerto ni los niños ni sus madres» dice mi tía. Yo nací en un hospital y por cesárea, pienso, mientras sigo desgranando choclos «para tortilla son rallados» dice mi tía mientras me toca la espalda.

Pienso en la reciente muerte de Doña Sonia González, ella también era partera vivió hasta los 91 años. Una mujer con una mente lúcida y con muchas anécdotas por contar. Yo la conocí en mi adolescencia, ella me pedía que le barrierá la entrada de su casa, luego me daba un pedazo de torta de choclo y una rodaja de queso con un vaso de chocolate caliente. Me trataba con mucho cariño, porque conoció a mi abuelo, fueron buenos amigos en su juventud. Mi papá y mi mamá también han preguntado por Doña Sonia y mi tía dice «se fue a Panamá». En la comuna se dice esta frase para hablar de alguien fallecido. Mi papá se sienta en la tierra y se saca la gorra «pobrecita, ella nació en la comuna y lucho por estas tierras».

²¹ Ese enrevesado nombre hace referencia a la separación de los músculos superficiales del abdomen.

Doña Sonia, era oriunda de Carrizal, este pueblo fantasma del que en la actualidad solo queda una casa abandonada y las huellas de los tractores que llegan a aplanar la tierra cada mes para abrir los caminos. Ese pueblo es la herencia que dejaron a sus nietos los pobladores del pasado, aquellos que ya no están, son recordados por sus familiares que visitan el pueblo cada mes, para medir cuantas hectáreas tiene cada uno. Esta tierra fue una marca memoriosa de la naturaleza y la germinación. Ahora el viento toca la melodía de la desolación, mientras se recuerda la magia de su gente y el olor a canela del chocolate de las abuelas.

Doña Sonia, sembraba y cosechaba muchos alimentos. A las seis tendía su toldo para evitar que los mosquitos le piquen. Mis padres y yo la visitamos para saber cómo se encontraba de salud. Sus ojos denotaban tristeza al hablar de su fallecido esposo: «Yo creo que le hicieron brujería, porque el curandero me dijo que su barriga se le puso verde e hinchada». Repetía lo mismo siempre que la visitábamos. Después de desgranar el choclo lo he molido en el antiguo molino de mi abuela, mi tía ahora moldea las tortillas.

Recuerdo a los hijos de doña Sonia, ellos decidieron salir del pueblo para tener otras oportunidades de vida en la ciudad. Después que murió su esposo, ella se volvió una persona retraída, comía poco y tenía una mirada perdida. «Cuando fui a visitarla, estaba sentada y entre sus piernas tenía la foto de su esposo, no prestó asunto a lo que le dije. Días después falleció» cuenta mi tía, mientras le termina de agregar queso a las tortillas.

Acostada en mi cama, pienso en todos los momentos de soledad de doña Sonia, después del abandono de sus hijos y la muerte de su esposo. La veo en mi mente, en su sala, tomando la foto de su esposo, dejándose embriagar por la nostalgia de su recuerdo, sabiendo que su vida era difícil porque a veces no tenía mucho que comer y el diminuto bono de tercera edad no le alcanzaba para nada. El frío atraviesa los agujeros de la casa de mi tía, me arropo con una cobija de tigre, pero el frío y el viento traspasan la lana «ya están las tortillas asadas» se escucha, y cada uno corre y agarra la suya de un gran cuenco de mate. Yo salgo a la cocina y coloco una tortilla entre la cobija y vuelvo a mi estado de desolación. Mientras como sentada en la cama, pienso si mi abuela y doña Sonia fueron amigas, pero un halo de misterio se queda en el ambiente cuando pregunto si se conocieron.

Las imagino tomando café con tortillas en las tardes, de seguro reirían mucho pensando en su profesión de comadronas contando alguna anécdota sobre como una mujer joven se asusta cada vez que va al baño, al sentir que su bebé se mueve en su vientre o la incomodidad de llamar la atención en cualquier lugar al que va. Si ellas se hubieran conocido también se hubieran recomendado las recetas de las agüitas de anís, ruda o manzanilla.

La casa de doña Sonia fue destruida como todas las demás, por las lluvias y los vientos del verano. En Carrizal, solo queda una casa de tabla con muchos agujeros donde susurran los saberes del ayer. Ahora es un pueblo fantasma donde se entretajan los secretos del pasado como un vestigio escondido en las memorias de los que callan.

La casa de la cinta roja

Cuando era adolescente con Elena y José deambulábamos por la comuna. Ellos eran vecinos de mis tíos y nos conocíamos desde la infancia. Todos los sábados en las tardes nos reuníamos para ir al pequeño parque de El Corozo²² un pueblo que queda a unos minutos de la casa de mis tíos, allí jugábamos en los columpios, pasábamos conversando trivialidades. Un día de aquellos nos percatamos de una casa abandonada que estaba junto al parque. La primera vez que la vimos nos entró curiosidad porque en el candado había una cinta roja y la casa tenía un aspecto decadente. A nosotros nos fascinaba explorar lo desconocido, por esa devoción, un día a José le mordió una culebra y sino lo hubieran llevado al curandero, él estaría muerto.

Elena tocó la puerta de la casa, pero no abrió nadie. El candado con la cinta roja tenía oxido y al halar de ella se cayó al piso. En esa casa jugábamos imaginando estar en un avión que se estrellaba porque se quedaba sin combustible; que era un juzgado y el único cuarto que tenía la casa era la cárcel; que era un casino de apuestas donde una olla se convertía en ruleta y quien siempre ganaba las apuestas era Elena. Nuestra imaginación era infinita, porque la casa también se convertía en un río donde recogíamos pescados, luego los asábamos en un fogón y los comíamos. El olor de la comida era lo mejor, aunque todo era ficticio.

En la sala de la vieja casa había un sofá verde muy sucio y rasgado, una mesa pequeña y encima de ella un plato blanco desgastado por los años, el piso de la sala tenía un enorme hueco en la madera y estaba lleno de moho. Las paredes de la casa tenían polilla y esos pequeños granitos de la madera estaban por todo el piso, pero la casa de todas formas se mantenía en pie. Había una cocineta vieja y un cilindro de gas junto a ella «como si alguien la usara» alegó Elena, tomándole fotos con su celular invisible; para jugar a los criminalistas. José, me empujó y yo caí al piso. Él hizo una silueta con tiza en el piso, imaginando un crimen terrible «pobre mujer, quién será el desgraciado que le habrá hecho esto» murmuró entre dientes, tomándose en serio su rol en el juego, yo me reí y él me miró con tal gravedad que no hice ningún comentario sobre su dibujo amorfo.

²² Este pueblo perteneciente a la comuna, es llamado El corozo, debido a la gran cantidad de dicha fruta, esta es considerada como una uva del caribe y no es recomendada para alimentarse, sin embargo, en la comuna Las Balsas es usado para

En el cuarto encontré una cama con una sábana blanca y desgastada, al lado de ella un velador. Debajo de la cama había unos zapatos nuevos, pero llenos de polvo. La única ventana de la casa estaba sellada, con todas mis fuerzas intenté abrirla, pero fue en vano. José entró al cuarto para inspeccionar y no encontró nada que le llamara la atención «todo aquí está hecho, la mujer murió hace años y ahora su alma pena, ya me aburrí» dijo, mientras tomaba apuntes en un cuaderno.

Salimos de la casa con la esperanza de volver al siguiente día para seguir jugando, pero las tareas escolares lo impidieron. Días después, cuando volvimos a juntarnos, Elena dijo que escuchó a su papá decir en la mañana que en ese lugar vivió una joven con su mamá, pero cuando la muchacha culminó sus estudios superiores la madre misteriosamente desapareció, también le dijo que la madre de la joven practicaba brujería y decían en el pueblo que hasta hizo un pacto con el diablo. José permaneció en silencio un poco asustado, yo hice un dibujo de la casa en la tierra.

Pasamos por la tienda de Don Eugenio (tío de José) el más chismoso de la cuadra, según su sobrino. Compramos panes y un refresco. José le preguntó a Don Eugenio si conoció a la chica que vivía en la casa abandonada, él nos dijo que nos acercáramos a escuchar la historia: «ella también era bruja como la mamá. Fue profesora de la antigua escuela del Corozo, pero la despidieron, porque algunos pobladores le dijeron al director que la habían visto convertirse en lechuza y otras personas dijeron que todas las noches en esa casa se escuchaban ruidos extraños, ella se marchó misteriosamente del pueblo. Yo en la madrugada escuchaba a un caballo galopar por las calles, una vez me levanté y era ella, estaba vestida de negro su risa era horrible, al día siguiente amanecí con un dolor de cabeza insoportable. Desde aquel día sufro de insomnio y sigo escuchando las carcajadas de la mujer en su caballo, todas las madrugadas». José, Elena y yo estábamos asustados.

Nos despedimos de Don Eugenio. Hubo un silencio sepulcral, después de haber escuchado la historia del anciano, sin embargo, no sabíamos las razones por las que la casa de la mujer tenía aquella cinta roja «talvez la cinta roja significa que ella se suicidó» dijo Elena. «No, yo creo que la cinta roja es símbolo de brujería» dijo José, yo me limité a caminar y no emití ningún comentario en el trayecto de vuelta a casa, pero esa noche y las siguientes noches de marzo soñé con ella, pero no logré ver su rostro.

Dos años después ella llegó a recoger sus cosas, comentó Don Sergio « solo alcancé a verla de espaldas era una mujer alta y su cabello era rizado, a mí me quedó un mal sabor de boca al verla entrar en su casa. A media noche volví a oír las carcajadas de la mujer, pero aunque me asomé rápidamente a la ventana, me fue imposible ver su rostro». Sonreí al escuchar su anécdota, porque no creía en las historias que se contaban en El Corozo.

Años después, ya adultos, José me contó que le sucedió algo extraño «yo entré en la casa para recordar los tiempos en los que jugábamos cuando éramos muchachos. En la sala sentí unos goteos como de lluvia, de las paredes salió sangre y me fui corriendo. Al llegar a mi casa mi esposa se burló de mí, al verme pálido del susto». A diferencia de José, no tengo miedo a esos sucesos, porque hasta ahora no los he presenciado.

Junto a los pobladores le rogamos al párroco de la iglesia María Auxiliadora que exorcizar la casa, porque todas las personas que vivíamos alrededor teníamos miedo del lugar. Los vecinos decían que se escuchaban silbidos galopes de caballo en las madrugadas, continuó contándome José:

«Pasada la medianoche empezó la exorcización, fuimos el párroco y cinco feligreses, llevamos rosarios, cruces y pocillos de porcelana con agua bendita. Regamos el agua por toda la casa y rezamos durante una hora. Todos empezamos a sentir un aire tenso y acalorado: «sentí una mano helada encima de mi cabeza y miré como el agua bendita se convirtió en sangre. El padre me regañó al ver mi pocillo rojo, pero luego se asombró al ver que las paredes también se tiñeron del mismo color. Uno de los feligreses empezó a gritar en otro idioma, el padre lo reprendió con la cruz que llevaba en su mano y lo exorcizó a pesar de las carcajadas del poseído. Empecé a rezar con los ojos cerrados, pero al sentir que la mano helada bajó por mi pecho, salí corriendo». Pobre José, pensé. Fui a la casa de mi tía riéndome al recordar lo que me contó, pero también medité en el significado de la cinta roja como un símbolo de un crimen o suicidio en el lugar..

Un día decidí volver a esa casa a pesar de mi incredulidad. La casa de la cinta roja no era un gran reto para mí, saqué el candado y entré sin temor. Estaba igual que como la recordaba cuando era adolescente, lo único diferente, era un espejo enorme de un lado de la sala. Me miré en él para peinarme un poco y encontré la imagen de alguien con cabello rizado dándome la espalda, cuando volteó hacia mi descubrí que era la mujer

que vi alguna vez en fotos familiares, en ese momento me faltó el aire y mis manos se tiñeron de sangre, ante el horror salí corriendo. Al llegar a mi casa lloré ante lo sucedido, a pesar de ver mis palmas limpias.

Días después volvieron cinco párrocos a exorcizar la casa a media noche, pero en lugar de agua bendita llevaron martillos y combos para destruirla. Don Sergio comenta que no resistió la curiosidad y pasó por el lugar «los padrecitos parecían locos, porque mientras derrumbaban la casa rezaban y reprendían al Diablo, a mí me dio un poco de risa, pero me contuve porque ellos son los que están más cerca de Diosito» dijo el anciano. Yo seguía un poco asustada, pero ante la destrucción de la casa me *volvió la sangre al cuerpo*²³. Las siguientes madrugadas todos volvimos a escuchar el galope del caballo y las carcajadas de la mujer.

²³ Frase coloquial para referirse a que una persona que se encuentra asustada o preocupada por algún acontecimiento.

El punto

Un punto desierto de encuentros etéreos donde se recuerda a partir de las voces de los ancestros, donde se espanta el retrato de los vivos. Eso es recordar el punto o el sitio Las Garzas²⁴, aquí las casas estaban juntas unas a otras, las familias sacaban las parrillas afuera de sus viviendas para asar carne de venado y verde. En este lugar existían varias casas habitadas, pero las lluvias y la construcción de la represa hicieron que todo cambiara.

Mientras miro la represa San Vicente pienso en Clara, una niña risueña y llena de alegría que logro ver en los lugares que visito cuando siento el peso de la angustia arañando mis hombros. Las paredes de la represa tienen curvas y una edificación en medio del río parecida a un edificio. En el año 1974 se hizo un estudio de la comuna Las Balsas con la finalidad de hacer la represa y los pobladores de Las Garzas y San Antonio tuvieron que desalojar sus casas, porque estaban cerca de donde llegaría el cauce de la represa y en las temporadas de lluvia corrían el peligro de que estas cayeran al barranco. Los comuneros que vivían allí fueron indemnizados antes de irse.

Las Garzas, al igual que San Antonio, eran pueblos que estaban aislados. En el invierno de 1982 las personas tuvieron que salir esa noche en medio del lodo y refugiarse en las casas de sus familiares de otros pueblos. Esos días fueron críticos porque todos tenían la esperanza de que las lluvias pararan y que todo volviera a la normalidad, pero las lluvias no cesaron debido al *fenómeno del niño*. Después de unas semanas, algunas personas volvieron al lugar y levantaron las casas de los escombros, pero el siguiente año la compañía llegó para obligarlos desalojar por las complicaciones de los posibles deslaves y los estudios que realizarían para la represa, todo esto contó mi tía Elsa una tarde de zapallos y pescado cocinado.

Son las 10 am. hoy he vuelto a Las Garzas, aquí vivió Clara, mi amiga de la infancia. En ocasiones logro recordar que pasábamos horas construyendo una casita de piedra, colocando dulces y hormigas entro de ella, para mojarlas como en una inundación. Compartimos nuestra niñez en un abrir y cerrar de ojos. Llevo atravesado en mi pecho el recuerdo de Clara.

²⁴ Nombrado así por la cantidad de aves de dicho nombre que llegaban al lugar.

El pasto está dispar y la imagen de Clara sigue presente. Una mariposa se posa en el pétalo de una flor, son ciegas y tienen un solo día de vida. Clara tenía muchos años por vivir en este lugar, pero no le fueron concedidos. La veo arrancar una flor y su imagen se desvanece en el horizonte. A veces le he pedido perdón, por no haber estado ahí para evitar su muerte, por ser una amiga ausente y no haberla acompañado en los momentos más tristes de su vida.

La hierba mala me hace picar las piernas. Este pueblo encarna un espacio de conexiones infantiles con Clara. Mientras escucho el ligero susurro de las ramas al soplar el viento, pienso en el tío al que no conocí, pero vivió en este lugar en compañía de un amigo. Su vida fue un mar de tristezas, igual que la de Clara, pienso.

Las Garzas tiene un olor a algodón y canela. Cada vez que paso por ahí me quedo para reconocer estos olores, pero aún no sé de dónde vienen, porque en el lugar no hay árboles que puedan emanarlos. Hace un tiempo después de haber visitado a un amigo que vivía en un pueblo vecino, el olor a algodón me transportó a esa tarde en la que me senté en una piedra mientras vi la imagen de Clara desvanecerse con el atardecer.

No estuve allí cuando sucedió la desgracia, pero mi tía Elsa me cuenta lo que pasó con Clara en esos días de aguacero: «esa noche la pobre niña cayó por una loma muy inclinada. Su madre pidió ayuda a los vecinos, minutos después llegó una ambulancia para socorrerla. Ella sufrió muchos golpes, moretones y su cabeza sangraba debido al impacto contra una piedra, los médicos la subieron a la ambulancia, pero camino al hospital, falleció». Mi tía corta zapallos y los coloca en una olla de barro. Yo no había escuchado esa versión, pero siento el sonido de los cortes del zapallo, como si fueran los golpes que Clara tuvo mientras rodaba por la interminable loma, mi cabeza empieza a fatigarse. No estuve ahí para socorrer a Clara, pero aun pienso en la posibilidad de que un día nos volvamos a juntar para jugar en el pasto.

Vivir en La Montaña

Mis santos difuntos

Es el día de los Santos Difuntos y viajamos a la comuna. Voy mirando por la ventana, los montes parecen olas del mar mientras el carro acelera, las flores y las líneas de la calle se vuelven difusas con la velocidad. A la entrada de Las Balsas las vacas se atraviesan en nuestro camino, mi papá toca el claxon para que se hagan a un lado. A mí me da un poco de miedo que el carro pase tan cerca del ganado porque ellas mugen y mueven la cabeza como desaprobando la petición.

Cuando llegamos mis tíos nos reciben con camote cocido, natilla, tortillas y colada morada. El mantel de mi tía es nuevo y los alimentos en la mañana están fríos, porque fueron colocados la noche anterior para que los difuntos se sienten a comer. Lo que dejan en la mesa, lo aprovechamos familiares y amigos al siguiente día, mientras se cuentan anécdotas de la vida de los muertos cercanos.

En los días de celebración para los fieles difuntos de Las Balsas, se deja una mesa de variados alimentos con la finalidad de que disfruten una cena y después se retiren al mundo de los muertos sin maldecir a su familia o amigos. Mi tía recuerda a mi abuela y a mi abuelo, llora mientras anhela volver a su juventud junto a ellos «mi papá era un hombre muy trabajador, con él nada nos faltaba, mi mamá y yo nos sentábamos a desayunar todas las mañanas, apenas rayaba el alba» cuenta, mientras mueve el café con una cuchara pequeña como recordando el que su madre preparaba.

La comuna emana un olor a choclo, estofado de venado y colada morada que embriaga a los pobladores y algún visitante que llega en estas fechas. En el templete²⁵ de las escuelas se coloca una mesa con un mantel blanco y diversos alimentos, también se rinde un minuto de silencio en honor a aquellos profesores o rectores que fueron parte de la institución. Los estudiantes llevamos panes de muerto, torta de camote, natilla de maíz, entre otros. Colocamos todo en una mesa dentro del aula y esta es disfrutada después de la sesión solemne de la mañana.

²⁵ Pequeña estructura en forma de templo

En las tardes me reúno con algunas compañeras de clase en el cementerio, para visitar a mis amigos difuntos; uno de ellos murió a causa de una operación de la vesícula mal realizada y el otro se ahogó. El primero tenía 15 años cuando falleció y nos llevábamos bien, en todas las clases que cursé en el colegio se sentaba a mi lado y conversábamos mucho. Trabajaba vendiendo mariscos y con el dinero ayudaba a su mamá con los gastos del hogar. Llegaron muchos de sus familiares a su velorio y sus amigos del colegio también lamentamos su partida. Uno de los profesores dijo con voz tenue «parece mentira verlo allí» mientras regaba agua bendita en el vidrio del ataúd. Mi otro amigo tenía dieciséis años, murió ahogado, «fue junto a su hermano a la comuna El Azúcar, entró en un río sin saber nadar y el menor al ver que este se hundía intentó rescatarlo, pero no lo logró» esto comentó su mamá entre sollozos, el día del velorio.

Mis compañeras y yo le dejamos a nuestros fieles difuntos caramelos, rosas y alimentos, mientras al pie de sus tumbas recordamos los juegos en la cancha del colegio, los chistes y las anécdotas de clase, también, les colocamos frases escritas en papeles de colores pegadas con cinta adhesiva en sus lápidas. La madre de uno de ellos le lleva un par de zapatos y los coloca junto a la rosa blanca. Nosotras vamos de salida.

En el día de los muertos mi tía va al cementerio de Colonche para visitar a mi abuela y llevarle una esclava de plata. No la acompaño, porque me da mucho pesar escuchar los llantos de mi tía al recordarla y darle gracias por todas las enseñanzas que le dejó. Mi mamá y yo nos quedamos en casa comiendo humitas o nata²⁶. Estos días se recuerda especialmente a nuestros abuelos y ancestros, junto a sus fotos se enciende una vela en un plato pequeño de porcelana como símbolo de respeto y memoria.

«Mi papá era un hombre responsable que se levantaba a las cinco de la mañana a darle de comer al ganado y se iba a cazar venados o arar la tierra para conseguir dinero» es una de las virtudes de mi abuelo que más resalta mi padre. Lo recuerda con mucho cariño a pesar de que era un hombre violento e impulsivo, según cuentan mis tíos. Mientras veo las arrugas de la frente de mi papá, pienso que mi abuelo era un hombre serio porque nunca recibió afecto, su labor como cazador y la muerte de mi abuela talvez

²⁶ Nata es una sustancia de consistencia grasa y tonalidad blanca que proviene de la leche recién ordeñada

lo volvieron huracán. Crecí diciéndole abuela y abuelo a los tíos de mi padre, porque no alcance a conocer a mis abuelos verdaderos .

El tres de noviembre mis tías van a la iglesia María Auxiliadora ubicada en EL Corozo a rogar por el alma de los que se fueron, por los vivos y los presos. Mi tía Edith llega a la iglesia, se sienta junto a mí y me toca el hombro entre sollozos «¿por qué lloras tía?» le pregunto. Ella me dice «mi primer hijo nació muerto, según el doctor, al bebé le faltó el aire. Hoy vine a rezarle» mi tía junta sus manos y se arrodilla. Me muevo a otro asiento, al lado de una señora, pero esta llora amargamente, así que decido irme para que no me invada la tristeza.

Llego hasta el río y me sumerjo. Después de unos minutos decido salir, porque empiezo a sentir frío, pero me detengo al ver entre las líneas de la ría la imagen de un hombre anciano. Es de piel trigueña, brazos lánguidos y los rayos del sol me impiden ver su rostro, por eso nado hacia él. La imagen se desvanece entre los manglares antes de que logre alcanzarlo. Pienso que tal vez era el semblante de mi abuelo, pero sé que siempre será un misterio porque todas las fotografías de él se perdieron en las inundaciones y aunque he escuchado mucho de su vida, sé que fue mejor no haberlo conocido, porque tal vez me hubiera costado superar su partida, igual que la de los familiares o amigos que ya no están a mi lado.

Carnadas

La comuna Las Balsas es un lugar silencioso, a las cinco de la mañana se escucha el sonido de los pájaros como en un ritual de agradecimiento al dios de los pájaros, al día o a la naturaleza. El tenue zumbido de los abejorros negros se mezcla con el ruido de las ardillas trepando los árboles. Los monos aúllan, los loros y papagayos son atendidos por los guardabosques. Las mujeres se levantan a lavar en el río y en un pequeño pocillo llevan almidón de yuca para colocarlo en las camisas blancas que han perdido su color por la suciedad, conversan sobre sus gallinas y las fiestas que se aproximan. Los hombres de pesca preparan sus redes y carnadas, se suben a sus pequeñas canoas y empiezan su labor.

«En mi niñez, veía que las aves migraban en parvadas debido a la tala de árboles. Los sonidos de las sierras y las excavadoras duraban todo el día, me alteraba de solo escucharlos» cuenta mi papá, recordando el suceso. La nueva represa San Vicente trajo algunos beneficios como un sistema de riego fácil, para distintos pueblos aledaños y también una forma de producción pesquera artesanal dedicada a la tilapia²⁷, pero eso no justificó los desmanes ocasionados por las maquinarias. Mientras veo la represa medito en todas las situaciones que atravesó la comuna. Los animales fueron despojados de sus casas, al igual que los habitantes de Las Garzas y San Antonio, estos últimos, recibieron una indemnización, pero no se logró enmendar las angustias que ocasionó el desalojo.

En la mañana mis primos van a pescar, desatan las canoas que están amarradas a una estaca en la orilla y se van remando, otros esperan que la ría los lleve. La primera vez que remé me sentí feliz, pero al día siguiente no podía levantar los brazos. No creo tener talento para ser pescadora, pero me gusta salir en la mañana a observar la faena y pasar el tiempo a la orilla del río. Imagino la escena majestuosa de: “El viejo y el mar” de Hemingway, un anciano intentando atrapar un marlín gigante mientras recuerda su pasado. Traigo a mi memoria el coro de la canción: “Un viejo cansado” que escribí inspirándome en dicha novela:

Con el marlín azul está bailando

²⁷ La tilapia no es endémica de la comuna, esta llega como parte de un convenio de por parte del Ministerio de Agricultura mediante una solicitud realizada por el presidente de la comuna Luis González, a quien conocemos como El Ocho en la narración

bailando solo en el mar de la suerte

soñando entre las olas del delirio

ya no, no existe ni vida, ni muerte.

Pienso en el deleite que se siente cuando se logra una buena pesca al ver a mis primos sacar las redes con tilapias, camarones y hasta cangrejos azules. Se hacen bromas y venden los pescados con la emoción de un niño al recibir su primer juguete. Ellos al igual que el viejo Santiago, saben que conseguir lo anhelado es un abrazo para el alma abatida por los infortunios de la vida. La pesca es más que un oficio para sobrevivir, ya que logra entablar una conexión entre los ancestros con sus familiares del presente.

Hay un adolescente que recién empieza y no sabe cómo manejar la red, uno de mis primos ríe y lo ayuda «principiante, pide ayuda, no te quedes callado» le dice tiernamente, mientras él agarra torpemente el remo. Después de media hora, se rinde y trae su canoa vacía. Se acerca a uno de mis primos y le dice: «mi mamá hoy no viene a la casa, mis hermanos y yo no tenemos para comer, regáleme un pescado, por favor». Mi primo Danny toma cinco pescados de su gaveta, los coloca en una funda y se los da «toma Cholito, llévate esto, pero mañana vienes de nuevo para enseñarte a trabajar» el niño le agradece a mi primo, toma la funda y se va corriendo.

Si un pescador de la comuna muere los camaradas van a su velorio. «Debemos ir a los velorios para darle el pésame a nuestros vecinos, porque no todos los días muere un compañero» cree mi primo Danny. Cuando murió uno de mis tíos, muchos pescadores trajeron redes y pescados a la familia como símbolo de que en la otra vida se encontrarán para pescar y en esta lo recordarán en cada faena. En esta comuna se construyen hermandades que logran uniones cósmicas entre el río y la pesca que se compartió con los antepasados.

El limonar

Es medio día de la segunda semana de agosto. El calor se vuelve más intenso. Los destellos del sol se agrandan y se encogen a medida que las hojas de los árboles de limón se mueven. Una abeja vuela hasta la pequeña flor blanca que pretendo fotografiar. En este lugar también contemplo una flor rosada muy larga y una azul, ambas parecidas a las que aparecen en las enciclopedias.

En el limonar²⁸ de Bolo se agarra una vara que tiene en la punta un fierro curvado para tumbar los limones que son inalcanzables por la altura del árbol. Mi papá baja del carro y toma una de las varas, yo le acerco un tacho para los limones. Mi mamá toma los limones amarillos que están en el piso. Bolo, recuerda a su mamá en el limonar cuando él apenas era un niño «mi mamita también recogía los limones amarillos en las tardes y hacía un jugo muy refrescante y junto a todos mis hermanos, almorzábamos seco de chivo» dice al admirar su cosecha.

En el limonar hay unos cuantos árboles de naranja y de lima, Bolo, le da una lima pelada a mi mamá y ella la prueba «es como un limón, pero sin acidez» dice. Minutos después encuentro un árbol de lima, es igual a los demás, pienso, pero al probar el fruto no reconozco el sabor, pero lo asemejo al de una toronja madura, que embriaga mis sentidos y me da la bienvenida al lugar. En esta chacra algunos árboles florecen, tienen frutos diminutos y otros, un fruto robusto.

En la comuna no se usa pesticidas en los sembríos de limones, porque la tierra no tiene plagas que enfermen a las plantas «esto solo es paciencia y dedicación» afirma Bolo. Mientras recogemos limones él nos cuenta las actividades a las que se dedicaba y los cambios que se dieron en la comuna a partir de los convenios de conservación del bosque. Antes de vender limones y ser guardabosques de una fundación para la conservación de flora y fauna, se dedicaba a la tala de árboles. En los años 90's la mayoría de personas al no contar con recursos suficientes, para otra fuente de ingresos económicos, cortaban los árboles de guayacán para venderlos a las pequeñas mueblerías de Atahualpa y La Libertad.

²⁸ Una chacra en la que solo se siembran y cosechan limones o cítricos parecidos.

Bolo, siempre dice: «Fundación Natura²⁹ nos ayudó a reconocer que estábamos atentando contra nuestro hogar». Él dejó de cazar venados y de talar árboles, cuando empezó a trabajar de guardabosques. Actualmente se encarga de cuidar cada cría de papagayos y aves en general, así como ayudar a conservar la flora. Su trabajo principal es rastrear los chips puestos en los animales y si se encuentran en peligro tiene que llamar a la fundación y ellos se encargan de rescatar al animal y devolverlo a su habitat.

Mi abuelo era venadero, mis tíos también, pero dejaron de serlo a partir de los nuevos reglamentos y convenios. Mi papá vendía madera, pero esa década, El Ocho firmó el convenio para que disminuyeran estos oficios. «Para ese entonces yo era el presidente de la comuna y algunas personas no estuvieron de acuerdo con los cambios, pero gracias a eso aún existen venados y ceibos» contó una tarde mientras almorzábamos.

Bolo es un hombre sonriente, las marcas en su frente denotan el pasar de los años, al igual que El Ocho, ambos tienen marcas en las manos como arañazos de gato. Imagino que tardaban muchas horas talando los árboles y sacando la corteza de los mismos, para después recibir una paga que no representaba ni la mitad del proceso, sin embargo, ambos consideran que la paga era buena, porque la moneda era el sucre. Bolo, a los cincuenta años recuerda su pasado: «era un hombre malo que talaba ceibos, pero ahora que soy guardabosques intento remediar lo que hacía. A veces le pido perdón a las aves, por todo el daño que les causé destruyendo sus hogares».

Al terminar de recoger algunos limones, él recuerda cuando fue al bosque a cazar por primera vez. Durmió abrazado a la escopeta como los militares en sus guardias, en la madrugada un oso hormiguero se le tiró encima, saltó asustado y sus amigos se rieron a carcajadas. Esa tarde, al llegar a casa desanimado y sin ningún botín, bebió un jugo que le preparó su mamá y recobró el ánimo «los limones siempre fueron parte de mi vida y no lo sabía. Cuando los recojo recuerdo mi infancia junto a mi madre» cuenta. Los sembríos en la comuna pueden evocar los recuerdos más recónditos del baúl de nuestra memoria, porque en la cosecha se recogen todo tipo de anécdotas en el pequeño saco de yute de nuestros afectos.

²⁹ Fundación Natura: fundación ecuatoriana para la conservación de la naturaleza.

La dormida y el algodón

Es mediodía en Los Ceibitos³⁰, a esta hora, el algodón cae en pequeños copos como si fueran pedazos de nube destejiéndose del cielo. Las algodoneras que han florecido tienen un aspecto más puro, el color blanco se asemeja al de las almohadillas en las que se colocan las agujas de mano. Cuando cae la noche, los árboles parecen salidos de una película de terror por las tiras negras de algodón sucio que se forman en sus ramas.

Las vacas dan una leche tan blanca como el algodón; estos dos productos son de gran utilidad en la comuna. La leche recién ordeñada se deja en una olla de barro para que se “duerma” y, después de una hora, se retira la nata³¹ que se forma en la parte de arriba; el algodón es utilizado para rellenar almohadas y pequeñas almohadillas de costura³². Mi tía Elsa me enseñó el proceso de la nata, después de ordeñar a una de las primeras vacas que compró.

En mi infancia, quebré una botella de vidrio con nata, un regalo especial para un tío que venía de visita. Recuerdo el silencio posterior del estruendo al que no supe cómo reaccionar, así que seguí el impulso de recoger los pedazos con mis manos. De las cortadas se encargó mi madre, cuando me encontró llorando sobre la nata derramada y con pedazos de vidrio incrustados en la carne; se molestó conmigo, pero me curó y cambió mi ropa sucia de nata y sangre. Pasaron algunos meses para que yo volviera a comerla.

Intenté algunas veces ordeñar una vaca, pero no tuve éxito porque me empujaba al lodo. Tener una ternera, verla crecer y alimentarla, es una de las experiencias más satisfactorias en la vida de un ganadero o ganadera de la comuna, no solo es un trabajo, ya que se genera un vínculo afectivo con el animal, como una mascota doméstica que se anhela ver al llegar a casa.

Margarita era una vaca que mi tía tuvo en su niñez. Todas las mañanas tomaba de un saco unas mazorcas de maíz que colocaba en un recipiente y silbaba con todas sus fuerzas para que ella viniera. Un día no le dio de comer, porque el vendedor de maíz

³⁰ Pueblo comunal nombrado Los Ceibitos, porque está lleno de ceibos.

³¹ Una crema o grasa que se forma en la leche que ha sido ordeñada y no ha pasado por procesos químicos.

³² Estas almohadillas son hechas de algodón y las costureras de la comuna las usan las colocar las agujas

tierno no llegó y no tenía otro alimento, subió por las escaleras sintiendo un gran peso en cada paso, entristecida por la situación, ese mismo día por la tarde salió a buscarla. Al encontrarla la vio comiendo hierba mata ganado.³³ Mi tía lloró desolada, después de que Margarita corriera hacia los matorrales, como sin rumbo fijo.

Cuando cayó la tarde decidió regresar a casa. Su padre la castigó porque era la última vaca que les quedaba, y la iban a matar en honor a su abuelo quien cumplía dos años de fallecido. «Esa noche mi papá me acercó una taza con café y fue el más amargo de mi vida, lloré mientras lo tomaba, al ver las sillas blancas y al cura dar unas cuantas palabras en memoria de mi abuelo. Yo solo pensaba en Margarita, en su inocencia para lamer mi mano cuando yo le daba sal» cuenta mi tía Elsa, un poco triste.

Mi tía Elsa ahora es una mujer madura y tiene un ganado vacuno. Ella recuerda los consejos de su madre de balancearles la alimentación con maíz, sal y choclo, de cuatro a cinco veces al día. Está acostumbrada a hablarles, acariciarles, ordeñar a las vacas y a pedirles perdón si el maíz no está fresco. Todos los días los cuida y les da agua. A los toros les da un trato más distante porque son más independientes; ellos consiguen su propia comida en el campo.

Una de esas tardes, mientras yo tejía, encontré una moneda debajo de la silla, ella dijo: «Las monedas son como las personas y las vacas. Cuando se pierden, no las vuelves a encontrar. Yo tuve un novio en la juventud, un año antes de conocer a tu tío. Él murió a causa de la picadura de una culebra, el primer día que salió a cazar venados. Él era un hombre bondadoso, le gustaba compartir con los demás las cosas que tenía fueran alimentos o dinero que prestaba sin cobrar intereses a sus amigos» cuenta mi tía un tanto cabizbaja.

Mi tía Elsa vivió cinco años en Los Ceibitos³⁴, pero se mudó a San Antonio porque sentía que alguien la perseguía. Varias veces trató de silenciar el susurro de la voz que la abrumaba. Un día preparando la merienda, todas las ollas cayeron como si alguien las tirara al piso «ese día me dormí sin merendar» cuenta. Ella siempre creyó que el fantasma de su novio muerto, la atormentaba por haberse casado con otro hombre. Un brujo del pueblo le dijo lo que debía hacer para que el espectro la dejara de molestar «de rodillas

³³ Es llamada así porque, si el ganado la come, enferma de locura y muere.

³⁴ Llamado así por la cantidad de Ceibos que hay en el lugar.

le supliqué que me perdonara y pendí una vela junto a la foto» me cuenta que desde ese día no volvió a escuchar dicha voz, pero que de todas maneras se fue a San Antonio.

Ella se casó por obligación, los primeros días los pasó llorando sin levantarse de la cama «Yo era una niña de catorce años y me casé con Pedro. Éramos amigos, nos habíamos conocido hace unos meses y tal vez había un gusto, pero no para comprometernos. Mi papá nos descubrió tomándonos de la mano y, al llegar a mi casa, me dijo que tenía que casarme», contaba entre risas. Mis tíos dicen que a mi tía le temblaban las manos cuando recibió el anillo de bodas porque, antes de la ceremonia, su padre le dijo que debía irse de la casa ese mismo día.

«Pedro era un esposo muy comprensivo, porque yo no sabía ni hervir agua y él no me reprochó por eso. Tampoco cumplía con los deberes conyugales y no me obligó a nada. La única vez que me reclamó por algo fue cuando yo maté a una gallina que tenía pollitos. Ese día no me habló, porque dijo que el animalito tenía hijos y yo había roto su familia. Puedo decir que vivimos como mejores amigos o hasta hermanos, por unos años. Después de eso empezamos otra etapa en la que surgió el amor», dice entre risas. Considero que mi tía siempre defiende a muerte a mi tío, porque entre ellos se ha formado una complicidad incondicional, de unos grandes amigos.

«Éramos amigos, de viejos, lo somos más. Elsa y yo nos casamos jóvenes porque así lo decidieron nuestros padres. Al inicio era incómodo vivir juntos, pero después todo fue distinto, nos conocimos mejor y nos quisimos mucho», dice mi tío Pedro a la hora del almuerzo. La costumbre y la monotonía han hecho de su relación un cúmulo de razones por las que nunca se separarían; es como si ellos estuvieran tan acostumbrados a estar uno cerca del otro, pero no los uniera una relación amorosa, sino un vínculo más fuerte, el de una amistad sincera y honesta que sobrepasa las vicisitudes del vínculo conyugal.

La relación de mis tíos se parece a la mezcla de la leche dormida y el algodón; uno absorbe al otro y ambos no se pueden separar. A pesar de que la leche dormida pueda ser exprimida del algodón, siempre quedará en ambos ese olor. Los recuerdos que los llegan a unir son más fuertes que las diferencias o adversidades que pueden experimentar. Tal vez su amor es trastocado por los años, pero siguen juntos porque el tiempo compartido es un tejido de significados que se enlazan con las distintas etapas de sus vidas.

Aniversario

Al pasar por algunas casas de la comuna encuentro letreros con la siguiente leyenda: “Se vende pollo en pie³⁵ a \$2”. Dentro de las cercas se puede ver muchos pollitos picoteando el pasto, rascándose las plumas torpemente y siendo aplastados como juguetes de goma por las gallinas. Algunos gallos tienen escasas plumas y sus buches quedan al descubierto, tienen una cresta carmesí, patas blancas o amarillas. Las gallinas son de diferentes colores, tamaños y razas. Un día vi a una gallina con barba. Mi reacción inicial fue frotarme los ojos pensando en que era un espejismo o producto de mi imaginación; unas cinco o seis plumas debajo de su pico formaban un arco como una barba abultada.

Los compradores toman al pollo entre sus manos y reconocen las libras que tiene sin necesidad de balanzas. «Cuatro o cinco libras, sin contar las tripas», dice Operado, balanceando el pollo de un lado al otro. Yo espero cerca de Operado porque la compra puede tardar algunos minutos u horas incluso, hasta que el comprador se decida a escoger uno que le parezca interesante y que logre tener las libras que requiere.

Después de media hora, Operado se decide por un gallo rojizo. El vendedor empieza el ritual cubriendo la cabeza del gallo con un saco, lo amarra con una cuerda fina, coge su machete más afilado y lo pasa por el pescuezo del gallo. Los demás animales en el patio empiezan a correr aturdidos. Las palomas que llegan a comer las migajas de pan y a tomar agua elevan el vuelo ruidosamente como si no regresaran jamás, los chivos balan asustados y los chanchos corren a sus corrales tratando de esconderse rápidamente. Yo también me asusto, a pesar de que muchas veces he visto animales muriendo, todas esas veces el miedo invade mis sentidos y me siento débil.

Llega el vendedor con el pollo sin cabeza y aún con plumas, lo ubica en un picador de madera, le tira agua caliente, espera a que se enfríe un poco y despluma al animal como quien arranca la maleza de un jardín. Una vez pelado, le corta las uñas y le quita la piel amarilla de las patas, como alguien que llega a casa y se quita las medias después de un día cansado. Operado regatea³⁶ el precio con el vendedor y llegan a un acuerdo. «Cinco dólares, entero». Se hace la compra. «Hoy se come consomé y hasta un seco en el almuerzo», afirma él, cuando salimos de la casa.

³⁵ Expresión coloquial para decir que el pollo está vivo.

³⁶ Solicitar un precio menor al establecido para algún producto o alimento.

En la comuna, cada 6 de marzo se realizan las fiestas de aniversario. Carlos Cruz (Operado) me cuenta mientras comemos el seco de pollo, para las celebraciones todos se organizan, se hace una reunión previa al gran acontecimiento y se toman en cuenta los temas necesarios para los próximos festejos. «En esas reuniones, todos llegamos a un acuerdo para colaborar en la compra de la vaca o toro para el asado, el fermentado de guayaba y la música », cuenta entre risas.

Se levanta la tarima al aire libre para que la orquesta contratada lidere el festejo y todos bailen hasta el cansancio. Al siguiente día, se hacen juegos tradicionales de la Costa como el ensacado, el huevo en la cuchara y sobre todo, el más especial: “El Gallo Despescuezado”, que consiste en enterrar un gallo, al participante le vendan los ojos y tiene que pasar el machete por el piso hasta que encuentre el gallo, si le corta el pescuezo será el ganador. El día en que Operado ganó el juego compartió el premio con todos sus amigos.

Las humitas, tortas de yuca y fermentado de guayaba no pueden faltar estos días. Las fiestas para Operado han sido un bote salvavidas, porque recuerda que cuando su esposa lo abandonó, había una fiesta por la cantonización de Santa Elena en el pueblo. «No pensaba ir, pero un compadre me dijo que le ayudara a colocar el fermentado en unas botellas para llevarlas a la fiesta. Aunque tuve días de mucha tristeza a tal punto de negarme a salir de mi casa, estando allí me sentí mejor y se fueron mis penas al son de las comparsas», me dijo.

Operado salió de la depresión y ha vivido solo después del abandono de su esposa, en un silencio sepulcral que solo lo acompaña su perrita Carmela, a quien quiere como a su hija. La casa de Operado tiene muchas cosas empolvadas: unos abrigos rotos, un televisor dañado, una cocina añeja que emana un aroma a fideos quemados y unas sillas de madera en la parte de afuera para las visitas.

La primera vez que lo vi pensé que guardaba tristezas, porque sus ojeras eran pronunciadas, su rostro cabizbajo y en sus palabras denotaba cierto nihilismo. Podría decir que las marcas en sus manos son las secuelas que le quedaron por haber trabajado muchos años con leña, pero también podría pensar en él como un hombre que llena sus vacíos de felicidad cada vez que va a una fiesta, recibe una visita o sale con alguien. Se desprende de él una coraza de nostalgia y su alma absorbe destellos de felicidad.

A veces, por las tardes, Operado cuenta ciertos detalles del día en que lo abandonó su esposa. «Yo estaba sembrando y ella llegó con una cartera pequeña. Me dijo que se iba con un profesor de la escuela donde ella trabajaba. Le rogué que se quedara, pero no la detuve cuando subió en el auto que la llegó a recoger, tal vez por orgullo o simplemente por decepción», dice un tanto decaído. Pienso que él no se ha vuelto a reconciliar con la parcela donde sembraba, porque ese día dejó de trabajar en el lugar y se dedicó a cortar leña. Aunque no sé si volvió a sembrar, estoy segura de que las veces sale y festeja con sus amigos, busca una forma de sepultar el pasado.

Las Balsas

Cuando nombramos los espacios, los sentimos más cercanos y los recorremos con una familiaridad tal que no logramos articular en palabras. Esto me sucede en Las Balsas, un recinto de la comuna del mismo nombre. Recojo en todas aquellas memorias que me cuentan mis parientes como en una burbuja de recuerdos, paso horas meditando en la vida al transitar estos lugares y saber todo lo que aconteció aquí. Este lugar está ubicado en la zona noroeste de la comuna y lleva su nombre debido a la gran cantidad de balsas que eran colocadas en el río como medio de transporte.

Hay un solo bus que llega en la tarde desde La Libertad³⁷ hasta una parroquia cercana, después, tienen que caminar media hora hasta aquí. Los hombres y mujeres llegan con gallos, grandes maletas deshilachadas por la vetustez y algún paraguas en tiempos de lluvia. Los primeros habitantes vieron en el lugar una oportunidad para sembrar, cazar, pescar y asentarse. «Llegaron hasta el lugar, porque esta era la cuna de animales silvestres que le servían de alimento», cuenta mi papá mientras se abanica con una gorra.

Las Balsas es un lugar cálido, lleno de una vasta vegetación que acoge a cientos de aves de varias especies, como el guacamayo multicolor, las fragatas, los búhos, entre otras. Por las tardes se escucha el aullido de los monos buscando alimento o festejando por haber encontrado algún fruto fresco y, si se tiene suerte a medianoche se puede escuchar el rugir de lo que pareciera ser un león. En este lugar las flores amarillas de los árboles de guayacán, caen al piso por millares, dejando entrever una alfombra dorada que se diluye con el soplo del viento y se esparce hasta las calles acompañando como en una caminata, al viajero más solitario.

En una pequeña sede del lugar se hacen reuniones de diversos asuntos comunales y elecciones para elegir a un presidente cada año. No hace mucho se dibujaron guacamayos en sus paredes como símbolo de respeto y conservación de la fauna. No hay más de diez casas de colores vistosos que irradian felicidad y destierran las penas del corazón más desolado, mientras a la sombra de un árbol o al comer una fruta fresca, se van las angustias.

³⁷ Cantón de la provincia de Santa Elena.

Calle (Carlos Gonzales) recuerda que, en este lugar, los primeros pobladores usaban los troncos de los árboles y los ataban hasta formar una balsa que pudiera flotar. Gracias a esto, las personas podían cruzar hacia el otro lado o pescar. «En mi adolescencia vi a mi papá construir una balsa y me entró curiosidad, así que decidí construir una con mis propias manos. Agarré un hacha, fui a un árbol de balsa y le di con todas mis fuerzas, pero no ocurrió nada, el hacha me venció y me voló un dedo», contaba Calle tocando su mano.

Días después de perder su dedo, Calle dice que volvió a ver a su padre tomar el hacha y le dijo que deseaba aprender a construir una balsa. «Tomé el hacha y no pude agarrarla, así que me quedé a mirar el proceso. Mi papá quitó la corteza del árbol, lo limpió y los acomodó formando un cuadro, luego les pasó unas cuerdas largas para sujetarlas. Pasaron algunos días para que yo sujetara las hachas, pero cuando hice mi primera balsa sentí que no importó el dedo que perdí», dijo Calle entre risas.

Las balsas eran utilizadas como un medio de transporte, las personas las alquilaban para ser llevados a otros pueblos porque el río era muy caudaloso y no existían camionetas como en la actualidad. «En mi niñez veía como las mujeres salían de sus casas, llegaban al río y regateaban³⁸ con el balseiro³⁹; mujeres con niños, hombres con sus venados al hombro. Una vez a un hombre se lo llevó la corriente, porque estando ebrio decidió ir a pescar» escucho esta misma historia contada por mi papá cada vez que recuerda su infancia.

En los 90's llegaron las canoas por medio del presidente de la comuna, que tuvo la necesidad de traerlas ante el incremento de pescadores en el lugar. Una vez que eran pintadas, las echaban al río. Los árboles de balsa dejaron de ser talados con la llegada de las canoas de fibra, pero hace cinco años atrás, algunas balsas fueron vistas en la calle, ya que en los tiempos de invierno, el río salió de su cause debido a las fuertes lluvias y las personas, no tuvieron otra opción que salir en las balsas que tenían como reliquia en sus casas.

En la actualidad, una de las actividades comunales más conocidas en este recinto es el alquiler de las tierras para hacer grandes sandiales⁴⁰, ya que la sandía es una de las

³⁸ Acción de persuadir al vendedor o persona que da un servicio para bajar el precio de lo que ofrece

³⁹ Persona que transportaba personas en una balsa con la finalidad de obtener algo de dinero.

⁴⁰ Coloquialismo para mencionar un sembrío de muchas sandías

frutas más apetecidas en este lugar, las personas la comen antes del desayuno, en jugos y también se hacen cócteles, estas plantas que se arrastran en la tierra pueden llegar a dar muchos frutos, pero son delicadas y si no se cuidan pueden secarse y morir. «Quien sabe sembrar y cosechar sandía es porque tiene buena mano para el sembrío», le aclaró mi papá a mi tío cuando a este se le murió una parcela⁴¹.

⁴¹ Parte en que se divide un terreno agrícola en el campo.

Pueblos fantasmas



Imagen n°1: La última casa de Carrizal (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°2: Carrizal en la actualidad (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°3: Escombros de San Antonio Antiguo (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°4: San Antonio nuevo, casa de mi tío Pedro y mi tía Elsa (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°5: Represa “San Vicente” (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°6: Las Garzas: territorio de Alcivar y Luisa Rosales(Archivo de campo del proyecto, 2021)

El camino de la memoria



Imagen n°7: El camino de la memoria (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°8: El Corozo (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°9: Mi tío Pedro y su caballo Estrella (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°10: El río (Archivo de campo del proyecto, 2021)

Vivir en la montaña



Imagen n°11:EL limonar de Bolo(Patricio Reyes)

(Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°12: Cosecha (Patricio Reyes)

(Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°13: Recinto Las Balsas (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°14: Los Ceibitos (Archivo de campo del proyecto, 2021)



Imagen n°15: Las canoas de pesca(Archivo de campo del proyecto, 2021)



*Imagen n°16: La casa de Bolo(Patricio Reyes)
(Archivo de campo del proyecto, 2021)*

Links de anexos

Archivo de campo

<https://drive.google.com/drive/u/1/folders/1PpNNjPkR0vEfsydtDk3sAq58y3JHwvB>

Fotografías

<https://drive.google.com/drive/folders/1HHgeFzMJKlp8I8f9X84Sxe56JtIMyqY>

Grabaciones/testimonios/entrevistas

<https://drive.google.com/drive/u/1/folders/1jcBG9ZCu2TSxe63Vbx-4NYSPFV2ar0kY>

Anécdotas de mi infancia

https://drive.google.com/drive/u/1/folders/1n1LJS8IK79FvTbw_M5Ojb54DPCp05Yj

Bitácora de campo:

https://drive.google.com/drive/folders/1Cv5ekQob04DUKEFeDea-opjU_eUMs6t6

Mapa geográfico de Las Balsas:

https://drive.google.com/drive/folders/1Cv5ekQob04DUKEFeDea-opjU_eUMs6t6

Mapas mentales:

https://drive.google.com/drive/folders/1Cv5ekQob04DUKEFeDea-opjU_eUMs6t6

Bibliografía

Abad Ordoñez, Gustavo. *Cuerpo y palabra-crónica de multitudes* Quito: Universidad Central del Ecuador, 2019

Dolors Palau-Sampio «Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos en un género entre la literatura y el periodismo» *Revista científica Palabra-clave* 30 n°1, 2018.

Guber, Rosana *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* .Buenos Aires: Paidós 2004.

Gusmeroti, Ezequiel. «En La crónica Martín Caparrós, un acercamiento a al periodismo y la literatura» *Revista literaria I Colofón* n°5, (2017).

Orecchia Havas, Teresa. «Crónica de crónicas: teoría y práctica del género en los textos de Moreno, María» *América cahiers du Criccal.Revista de estudios literarios* 5 n°46, (2016):180-195

Poblete Alday, Patricia. «Hibridez y tradición en la crónica latinoamericana contemporánea» *Revista Iberoamericana*, Núm. 254(2016):185-198

Salcedo, Alberto *La eterna parrada. Crónicas 1997-2011*.Bogotá:Aguilar,2011

Salvador Jaramillo, Luis *El antifaz de los Bristol* Quito: Libresa 2012

Suarez, Marta *Análisis del turismo en Las Balsas* Santa Elena: Universidad Península de Santa Elena,2015.

Sylvie, Koller. «Otros relatos del mundo. Los nuevos cronistas latinoamericanos» *Mutatis. Revista latinoamericana de traducción* 5 n° 11 2018.

Villoro, Juan. «La crónica, ornitorrinco de la prosa». *La Nación*, Suplemento Cultura, 2006.